



Levantando á los caídos

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

SANTO TORIBIO ALFONSO DE MOGROVEJO

II ARZOBISPO DE LIMA



Por el fallecimiento del venerable Loayza quedó encargado del gobierno de la Metropolitana como Gobernador eclesiástico, Provisor y Vicario capitular en sede vacante, don Juan de la Roca, canónigo entonces de su coro y después Obispo de Popayán, y presentó el Rey don Felipe II en su reemplazo, á don Diego Gómez de la Madrid, canónigo de Sigüenza é Inquisidor de Cuenca á la sazón, al que se le expidieron las bulas correspondientes por S. S. el Papa Gregorio XIII en 1577. Sabida cosa es, que este prelado no pudo venir por varias causas á tomar posesión de su sede y que fué trasladado á la de Badajoz, en donde falleció el 15 de agosto de 1601. Vacante nuevamente por esa traslación la sede limense, propuso el Consejo de Indias al propio Rey para que la ocupase, á don Toribio Alfonso de Mogrovejo, por indicación, según se cree, del consejero don Diego de Zúñiga, que le había conocido y tratado en Salamanca. Aceptó el Rey la propuesta del Consejo y presentóle al Pontífice antes nombrado, el cual le expidió las bulas respectivas, en 17 de marzo de 1579.

Era don Toribio de estirpe muy ilustre, hijo legítimo del bachiller don Luis Alfonso de Mogrovejo, natural y regidor perpétuo de la villa de Mayorga en el reino de León, y de doña Ana Morán y Robledo, de la de Villaquejada, y había nacido el sábado 16 de noviembre de 1536, según unos en ésta, según los más en aquella. Hizo sus primeros estudios en Valladolid, y allí se graduó de bachiller en leyes y cánones: pasó luego á Salamanca al lado de su tío don Juan de Mogrovejo, colegial mayor del colegio del Salvador: llamado éste por el Rey don Juan III de Portugal á profesar en la Universidad de Coimbra, pasó con él á esa en donde permaneció diez años: nombrado don Juan canónigo doctoral de la catedral de Salamanca, regresó con él don Toribio y el 3 de Enero de 1561 obtuvo una beca de colegial mayor del dicho colegio del Salvador, llamado también de Oviedo, en oposición con don Juan de Pineda, después sacerdote de la Compañía de Jesús, y de don Francisco de Contreras, íntimo amigo suyo, después Presidente del Consejo de Castilla y Comendador mayor de León. En 1575 fué nombrado Inquisidor de Granada, y hallábase desempeñando ese puesto, en el que dió altas pruebas de su ciencia, virtud y prudencia, cuando fué nombrado Arzobispo de Lima en 1578.

No era don Toribio entonces sacerdote, ni había recibido orden sagrada alguna, así es que después de una breve visita á Madrid á dar las gracias al soberano por su elevación, volvió á Granada en donde su Arzobispo, don Juan Méndez de Salvatierra, le confirió las cuatro órdenes menores é inmediatamente después las tres sagradas, á título de Arzobispo de Los Reyes. De Granada siguió á Sevilla siendo allí consagrado por el Arzobispo de esa metropolitana, don Cristóbal de Rojas y Sandoval, en 1580 y á la edad de 43 años. De Sevilla continuó á San Lúcar embarcándose en ese puerto á fi-

nes del mismo año, en la flota que mandaba el General don Marcos de Arámburu, acompañado de su hermana segunda doña Grimanesa, esposa de don Francisco de Quiñones, "caballero de gran calidad y raras partes", según Montalvo, después Maestro de campo general de los reinos del Perú, General de la mar del sur y Gobernador y Capitán general de Chile. Llegado á Nombre de Dios atravesó el Istmo, embarcóse en Panamá y desembarcó en Paita, desde donde siguió su viaje por tierra á esta ciudad, á la que entró el 24 de Mayo de 1581 gobernando el Virrey don Francisco de Toledo, "quien, dice Mendiburu, le hizo un magnífico recibimiento"; y encargándose del gobierno de la arquidiócesis del que había tomado ya posesión en su nombre y en virtud del poder que al intento le otorgara, el licenciado don Antonio Gutiérrez de Ulloa, Inquisidor apostólico del reino, el 24 de Abril anterior, con lo que cesó la viudedad de la Iglesia de Lima, que había durado 6 años y 7 meses, que no menos días corrieran desde el fallecimiento de su primer prelado hasta la llegada del segundo.

En la imposibilidad de apuntar ni en la más lacónica cronología, los muchos é importantísimos trabajos de éste durante el largo tiempo que la rigió, nos limitaremos á indicar los principales. Celebró tres concilios provinciales, que fueron el 3.º, 4.º y 5.º limense: abrióse el 1.º en 15 de agosto de 1582; el 2.º en 29 de enero de 1591 y el 3.º el 11 de abril de 1601: reunió trece sínodos diocesanos: dictó las ordenanzas ó *regla consuetada* para el servicio de la catedral de Lima, en 47 capítulos, que firmó y mandó observar en 7 de Mayo de 1593: fundó y dotó el Seminario conciliar, que denominó de *Santo Toribio* en memoria de su patrono el santo de ese nombre, Obispo de Astorga: erigió la parroquia de San Marcelo en 1584 y la viceparroquia de San Lázaro en 1604: autorizó desde Pisco la fundación del monasterio de las Descalzas, en 3 de marzo de 1603, que realizó por comisión especial, su Provisor y Vicario general el doctor don Miguel Salinas: fundó y dotó ampliamente el monasterio de Santa Clara, que inauguró en 1605: llevó á efecto el recogimiento para divorciadas, que en 1609 se trasladó á la calle que aun se conoce por este nombre: en 1594 autorizó la fundación del hospital de San Pedro, para clérigos, que también dotó profusamente; por último, hizo tres veces la visita de su vastísima arquidiócesis empleando 6 años en la primera, 4 años en la segunda y no habiendo terminado la tercera por haberle alcanzado la muerte mientras la realizaba, en la villa de Saña, el día de Jueves Santo, 23 de marzo de 1606, á la edad de 69 años, 4 meses y 7 días y á los 24 años 10 meses de su episcopado, durante el cual consagró cinco Obispos, confirmó más de un millón de cristianos, entre ellos á la niña que fué después Santa Rosa de Lima, consagró más de seis mil aras y cálices y recorrió á lomo de mulo más de seis mil

leguas en el curso de sus vistas pastorales. La suma que repartió en limosnas sería imposible de calcular: basta decir que cuanto tenía lo daba.

Hicieronle en Lima funciones fúnebres durante nueve días, y al siguiente año se trasladó á esta capital su cadáver, que había sido embalsamado por el cirujano Gaspar de la Vega, el que después de las exequias de cuerpo presente que, según Mendiburu, fueron de superior magnificencia, fué sepultado en una de las capillas de la Catedral, mientras se terminaba la bóveda que se construía al intento, debajo del altar mayor y á la que se le trasladó por su sucesor el señor Lobo Guerrero en 1622. "Al presente, dice Fray Diego de Córdoba en su "crónica franciscana impresa en Lima en 1561, está la "urna y caja que contiene "el rico tesoro del Santo Arzobispo en la "Capilla, y entierro del venerable Cauil- "do debaxo del altar mayor, dentro de "un arca y nicho". Su corazón fué entregado en 1607, según su mandato, á las monjas de Santa Clara y se le colocó en un nicho abierto en la pared que está detrás del altar mayor.

Las grandes virtudes de nuestro segundo Arzobispo valiéronle que previa la información plenaria, terminada en 1664. S. S. el Papa Inocencio XI le colocase en el número de los bienaventurados en 28 de Junio de 1679 y que S. S. el Papa Benedicto XIII le canonizase solemnemente, en 10 de Diciembre de 1726.

Una biblioteca entera podría formarse de los libros que se han escrito sobre este santo Arzobispo desde *La Vida dell Illustrissimo y Reverendissimo don Toribio Alonso Mogrovejo, arzobispo de la ciudad de los Reyes de Lima*, por el famoso don Antonio de León Pinelo, impresa en Madrid en 1663, hasta la novísima *Vie de Saint Turibe, Archevêque de Lima et Apôtre du Pérou*, por el Revdo. Padre don Teófilo Bérengier, monje benedictino de la congregación de Francia, impresa en Poitiers en 1872.



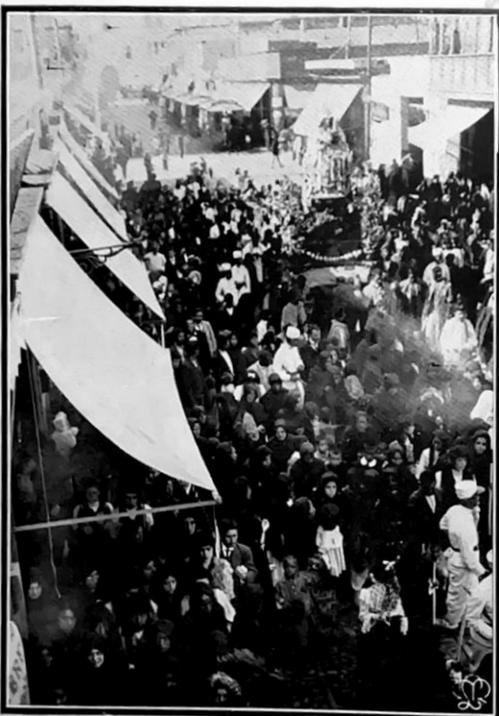
SANTO TORIBIO ALFONSO DE MCGROVEJO

Tuvo Santo Toribio cuatro hermanos que fueron: don Luis, don Lupercio, doña María y doña Grimanesa. Por muerte sin sucesión de los dos primeros y ser doña María monja en el monasterio de Santo Domingo de Mayorga, recayeron en la última, casada como hemos dicho con don Francisco de Quiñones, los mayorazgos y señoríos de Mogrovejo y Coco, cuya sucesión en familias peruanas se extendió hasta que se dió la ley de desvinculación en España.

J. A. DE LAVALLE.



Fiestas del Centenario de Santo Toribio



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
La procesión de Nuestra Señora de Copacabana



Fachada principal de la Catedral de Lima
Universidad del Perú. Decana de América

Foto. Moral

LAS QUERELLAS DE SANTO TORIBIO

Crónica de la época del octavo virrey del Perú

I

—Señor excelentísimo: un español ha asesinado á otro con extremada alevosía.

—Que entierren al muerto y que se juzgue al vivo.

—Juzgado está y sentenciado.

—Pues que se cumpla la pena, y el que se quemé que sople.

—Ello es, con venia de V. E., que una cosa es quebrar huevos y otra cosa es hacer tortilla.

—¿Cómo se entiende, señor alcalde? ¿En estos reinos la justicia no va recta por su camino?

—Perdone V. E.; pero es el caso que el matador se ha llamado á iglesia, y de mí sé decir que no acierto con la manera de proceder.

—Los templos no se hicieron para seguro de pícaros. ¡Medrados estábamos, por Santiago! Entiéndalo así el señor Juan Ortiz de Zárate y proceda, en consecuencia, sin torcer ni doblegar la vara.

Tal fué el diálogo que, en la sala del despacho de la Real Audiencia de Lima, medió una mañana del año 1590 entre el alcalde del crimen don Juan Ortiz de Zárate y el virrey, recientemente llegado, don García de Mendoza.

Retiróse el buen alcalde, dando y cavando en las palabras de S. E. é inquiriendo en su caletre un expediente para dejar bien puestos los fueros de la justicia civil sin agravio de las prerogativas eclesiásticas. Su cabeza era una olla de grillos, y poniendo al fin remate á sus cavilaciones, se resolvió á pasar respetuoso oficio al arzobispo, solicitando su licencia para la extradición del reo.

La respuesta no se hizo esperar mucho. El prelado, con latines y citas de los santos padres y de los concilios, defendía la inmunidad de la iglesia.

—Pues ahora veredes, y que todo turbio corra, que la justicia está antes que los cánones y las sùmulas—dijo amoscado el alcalde.

Y con una cohorte de alguaciles se dirigió al templo, extrajo al delincuente y lo aposentó en la cárcel, previéndole que fuese liando el petate para pasar á mejor vida.

Figúrese el lector, pues más es para imaginada que para escrita, la sarracina que armaría en el devoto pueblo tan expedito procedimiento judicial. Por su parte el arzobispo amenazó á Ortiz de Zárate con excomunión mayor si, antes de veinticuatro horas, no devolvía al reo á lugar sagrado.

—Lugar sagrado es la tierra, y cumplo con todos ahorcando al criminal y enterrándolo en sitio bendito—pensó el alcalde, y dió por contestación al oficio arzobispal el cuerpo del reo balanceándose en la horca.

Al otro día, las iglesias y torres amanecieron cubiertas de paños fúnebres, las campanas tocaron incesantemente plegarias, y el santo arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo pronunció contra el alcalde del crimen Juan Ortiz de Zárate la terrorífica excomunión.

Aquí de los conflictos del excomulgado. Su mujer abandonó el domicilio conyugal, siguiéndola sus hijos y criados, y hasta los alguaciles hicieron renuncia de las varas, para que á sus almas no les tocase en el otro mundo algo de la chamusquina.

La situación del alcalde se hizo de día en día peor que la de un leproso. Ni un amigo atravesaba el dintel de sus puertas, ni hallaba prójimo que le correspondie-

ra el saludo. Los mercaderes se excusaban de venderle; sus deudores se creían en conciencia obligados á no pagarle, y si en la calle le venía en antojo encender un cigarrillo ó beber un vaso de agua, no hallaba alma caritativa que lo amparase con fuego ó líquido.

La cuerda se rompe por lo más delgado. ¿No habría sido justo excomulgar también á S. E.?—pensaba el pobre excomulgado en la soledad de sus noches.

Aburrido de tanta calamidad, se puso un día de rodillas en la puerta del templo, con la cabeza descubierta, las espaldas desnudas y una sogá al cuello. Llegó el arzobispo de gran ceremonial, le dió con una vara de membrillo tres golpes en las espaldas, le pronunció el sermón del caso, y la oveja quedó restituida al redil de la cristiandad. Las campanas se echaron á vuelo, hubo fiestas y mantel largo en los conventos, y aquí paz y después gloria.

Aquel mismo día hizo Ortiz de Zárate renuncia de su empleo, y cuentan que el virrey dió á sus compañeros de Audiencia:

—Aceptémosle la dimisión á ese bellaco; pues no servirá nunca por entero ni á Dios ni al diablo.

II

Antes de proseguir sacando á plaza las querellas entre el santo arzobispo y el Excmo. señor don García Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete y octavo virrey del Perú, parece oportuno hacer una ligera reseña histórica de la época de su gobierno.

Cuando don Andrés Hurtado de Mendoza, primer marqués de Cañete, era en 1558 virrey del Perú, su hijo don García, como gobernante de Chile, se conquistó gran reputación venciendo á los araucanos, enviando expediciones exploradoras á Magallanes, fundando ciudades de la importancia de Mendoza y dictando ordenanzas acertadas para el progreso y bienestar de los pueblos que le estaban confiados.

Cuando falleció el virrey, don García volvió á España, donde Felipe II lo colmó de honores, lo hizo su embajador en Venecia, y más tarde lo envió á gobernar en América, los mismos pueblos que, treinta años antes, había mandado su progenitor.

Hizo don García su entrada en Lima el 6 de enero de 1590, acompañado de su esposa doña Teresa de Castro y de muchas familias que venían con ellos desde España. La recepción fué de lo más solemne, y la ciudad estuvo durante ocho días de gala y regocijo.

Aconteció en ellos que habiendo ido el arzobispo á visitarlo en palacio, vió bajo el dosel un solo sillón ocupado por don García. El prelado arrastró otro de los sillones que había en el salón, y colocándolo junto al del virrey le dijo:—Bien cabemos aquí que todos somos del Consejo de Su Majestad—Hurtado de Mendoza frunció el entrecejo, y desdeese día trató con frialdad cortesana á Toribio de Mogrovejo.

El país veía en el marqués de Cañete á su salvador; pues destruída por los ingleses la famosa escuadra que Felipe II denominó *la Invencible*, Elisabeth de Inglaterra lanzaba empresas piráticas contra las colonias españolas. El nuevo virrey organizó en el acto la defensa de la costa y formó una escuadrilla cuyo mando fué confiado á don Beltrán de Castro, hermano de la virreina. Los piratas, á las órdenes de Ricardo Hawkins, á

quien llaman muchos cronistas Ricardo Aquines, habían hecho un buen botín en Valparaíso y otros puertos, y se dirigían al Callao; mas don Beltrán los sorprendió anclados en Pisco, les ocasionó graves daños, y dándolos combates, obtuvo al fin que Hawkins se rindiera prisionero, empeñándole el jefe vencedor palabra de que su vida sería respetada. La Audiencia no quiso acatar el compromiso contraído por el marino español, y conde el de Castro se revistió de energía y apeló al monarca, quien asintió á su deseo y desaprobó el fallo de los oidores.

En punto á empresas marítimas, protegió mucho don García la expedición de Alvaro Mendaña á las islas de Salomón; y Mendaña, en gratitud, denominó al primer grupo de islas de que fué descubridor las Marquesas de Mendoza.

Los apuros del tesoro español tenían que ser salvados por las colonias. Así el virrey tuvo que emplear su energía toda para establecer, cumpliendo con las órdenes del monarca, la alcabala y otros impuestos. Ellos dieron en Quito margen para una sublevación, que el marqués de Cañete logró sofocar, más por su sagacidad que por fuerza de las armas.

Refieren de este virrey que, pintando su carácter, solía decir:—Aunque me encolerizo con facilidad pronto me pasa el enojo; que mi condición es como la de la pólvora, que después de hacer el estrago se convierte en humo.

Después de seis años y medio de gobierno, en los que dictó ordenanzas favorables á los indios, fundó la villa de Castrovirreina, atendió á la instrucción y á las obras públicas, y realizó muchas útiles reformas, regresó don García á España.

Las armas de la casa de Mendoza eran escudo de sinople con una banda transversal de gules.

III

En 1691, y con el tres por ciento de las rentas eclesiásticas, según lo acordado en el concilio de Lima, fundó Santo Toribio el colegio seminario que lleva su nombre; y para establecer el dominio que sus sucesores debían tener sobre el local, mandó colocar su escudo sobre el arco de la puerta.

Téngase en cuenta que en nuestros días y bajo la administración del arzobispo Luna-Pizarro, se trasladó el seminario al local que hoy ocupa, colindante con el templo de San Francisco.

El blasón de los Mogrovejo, era en fondo de gules, un caballo de plata parado delante de una espada, bordura de oro sin adornos.

Entre los jesuitas de Lima hallábase el padre Hernando de Mendoza, hermano del virrey, que influía poderosamente en el ánimo de don García. La compañía de Jesús hostilizaba al arzobispo porque éste desechó la pretensión de los padres de ejercer jurisdicción, no sólo sobre la parroquia del Cercado, sino también sobre la de San Lázaro. A esta influencia y á la queja que abrigaba el virrey contra el arzobispo, por haber desatendido su empeño para que alzase la excomunión á Ortiz de Zárate, se habían añadido quisquillas de ceremonial ó de etiqueta en las fiestas de Catedral.

El marqués de Cañete vió en la colocación del escudo un agravio al patronato del monarca; y en el acto envió un capitán con soldados y albañiles, para romper el heráldico adorno. El pueblo se arremolinó para impedirlo, pero la tropa dejó en breve la calle expedita de bochincheros, y el mandato del virrey quedó cumplido.

La población se dividió en dos bandos: uno por el arzobispo, y éste era el mayor, y otro por el virrey y el monarca. Al fin, y para devolver la tranquilidad á los ánimos inquietos, se recibió en Lima una real cédula de

Felipe II, fechada en Madrid el 20 de mayo de 1592, la cual dice en conclusión:

“Marqués de Cañete, mi visorrey, gobernador y capitán general de esos mis reinos del Perú..... Os mandamos que dejeis el gobierno y administración de dicho colegio seminario á la disposición del arzobispo; y también el hacer la nominación de colegiales, conforme á lo dispuesto en el santo concilio de Trento y en el que se celebró en esa ciudad de los Reyes el año pasado de ochenta y tres. Y asimismo que en las casas de dicho colegio puede poner sus armas, si quiere, con tal que también se pongan las mías en el más prominente lugar. En reconocimiento del patronato universal que, por derecho y autoridad apostólica, me pertenece y tengo en todas las Indias”.

Como se ve, la cédula es conciliadora y puso término sagaz á la querrela. Como Luis XI de Francia, Felipe II el fanático acataba mucho á Roma, pero en punto á patronato no le cedía un átomo.

El escudo del rey se colocó en la puerta del seminario, pero Santo Toribio no quiso poner debajo el emblema arzobispal, conducta que Felipe II no calificó de humilde y que acaso tuvo en cuenta más tarde para humillar al prelado.

IV

El duque de Sesa, embajador de España en Roma, dió cuenta al rey de que el arzobispo de Lima había pasado un memorial al Padre Santo, consultándolo sobre varios puntos que afectaban al patronato y quejándose de que Felipe II autorizaba á los obispos de América para tomar posesión, salvando algunas formas canónicas, y de que se le negaban recursos para sostener el seminario.

A la vez, el Consejo de Indias recibía informaciones idénticas, trasmitidas por el marqués de Cañete y por los obispos del Tucumán y de Charcas.

Entonces se expidió la real cédula de 29 de mayo de 1593, que dice:

“.....Enviaréis á llamar al arzobispo al acuerdo, y en presencia de la Audiencia y de sus ministros, le daréis á entender cuán indigna cosa ha sido á su estado y profesión haber escrito á Roma semejantes cosas; pues ni es cierto que los obispos tomen posesión de sus iglesias sin bulas, ni tampoco que mi Consejo de las Indias le impida la visita de sus hospitales y fábrica de su arzobispado, que bien sabe que los hospitales de pueblos españoles son de mi patronazgo y están exentos de su jurisdicción en lo temporal, pues en lo espiritual le queda visita libre, como la tiene y ha tenido, sin que en esto, ahora ni en ningún tiempo, se le haya puesto impedimento. Y que también es incierto lo que dijo acerca de que no tenía con qué sustentar el colegio seminario; pues, como es notorio, en el concilio que en esa ciudad se celebró y que fué aprobado por la autoridad apostólica, se le adjudicaron tres por ciento de las rentas eclesiásticas. Y entendido todo esto, le diréis asimismo que si bien fuese justo mandarle llamar á mi corte para que se tratara de ese negocio más de propósito y se hiciera una gran demostración, cual lo pide su exceso, lo he dejado por lo que su iglesia y ovejas pudieran sufrir en tan larga ausencia de su prelado, pero que debe sentir mucho que su mal proceder haya obligado á satisfacer en Roma, con tanta mengua en su autoridad é nota en la elección que yo hice de su persona; pues se deja entender lo que se podrá decir y juzgar de relación tan incierta, y esto en quien ha recibido de mí tantas mercedes y honra. Y de su respuesta y demostración que hiciere me avisaréis.”

Citado Santo Toribio, compareció ante la Real Audiencia, presidida por el virrey, y oyó de pie la lectura de la tremenda filípica. Terminada ésta, dijo el arzobispo:

—¡Enojado estaba nuestro rey! ¡Sea por amor de Dios! ¡Satisfacémosle, satisfacémosle, satisfacémosle!

Tal fué la última querrela del arzobispo Toribio de Mogrovejo con el poder civil.

V

Nos creemos obligados á terminar esta tradición con una breve noticia biográfica del prelado.

Toribio Alfonso de Mogrovejo nació en Mayorga, ciudad del antiguo reino de León en España, y entró en Lima con el carácter de arzobispo el 24 de mayo de 1581. Acompañáronlo su hermana dona Grimanesa y el marido de ésta don Francisco Quiñones, que fué corregidor y alcalde del cabildo y que, bajo el gobierno del marqués de Salinas, pasó con tropas á Chile para sofocar una insurrección de los araucanos.

Hizo tres visitas diocesanas y celebró tres concilios provinciales, siendo uno de ellos muy borrascoso por una cuestión que promovió el obispo del Cuzco, don Sebastián de Laratahun, apoyado por los obispos de Tucumán y Charcas.

Fundó el Monasterio de Santa Clara, y erigió las capillas de las Divorciadas y de Copacabana con una casa de asilo para mujeres.

La caridad de Mogrovejo fué verdaderamente ejemplar. No sólo agotaba sus recursos para socorrer á los necesitados, sino que aún recurría á la fortuna de su hermana. En una ocasión, no teniendo que dar, regaló el

candelabro de plata de su dormitorio, quedándose el arzobispo con la bujía en la mano. A doña Grimanesa y á su marido le hacían poca gracia las larguezas del duelo, y por más que lo intentaban no conseguían atarlo corto.

Una curiosa anécdota de su ilustrísima. Cierta noche pasaba con un familiar por la puerta del palacio del virrey. El centinela le dió la voz de

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Toribio—contestó el prelado.

—¿Qué Toribio?

—El de la esquina.

Con esta respuesta salió el oficial de mal talante á reconocer al burlón, prometiéndose hacerlo dormir sobre una tarima del cuerpo de guardia. Pero se encontró con el arzobispo que conducía en sus hombros á un moribundo.

La aventura se hizo pública al día siguiente, y el virrey don García llamaba desde entonces al arzobispo *Toribio el de la esquina*. Sabido es que la casa arzobispal está situada en una esquina que forma ángulo con el palacio de gobierno.

Murió el arzobispo Mogrovejo en Saña, á la edad de sesenta años, el Jueves Santo 23 de marzo de 1606, habiendo gobernado su iglesia veinticuatro años diez meses.

Inocente XI lo beatificó en 1679, y fué canonizado por Benedicto XIII en 1727.

RICARDO PALMA.

ESQUIVE VIVIR EN QUIVE

Á MÁS de quince leguas de Lima, véanse las ruinas de una población que, en otro tiempo, debió ser habitada por tres ó cuatro mil almas, á juzgar por los vestigios que de ella quedan.

Hoy no puede ni llamarse aldehuela, pues en ella solo viven dos familias de indios al cuidado de un tambo ó ventorrillo y de la posta para el servicio de los viajeros que se dirigen al Cerro de Pasco.

Amigo, *esquive vivir en Quive* era un refrancillo popularizado, hasta principios de este siglo, entre los habitantes de la rica provincia de Canta. Y como todo refrán tiene su porqué, ahí va, lector, lo que he podido sacar en claro sobre el que sirve de título á esta tradicioncita:

Por los años de 1597 habitaba en Quive don Gaspar Flores, natural de Puerto Rico y exalabardero de la guardia del virrey, administrador de una boyante mina del distrito de Araguay, mina que producía metales de plata cuyo beneficio dejaba al dueño doscientos marcos por cajón. Acompañaban al administrador su esposa doña María Oliva y una niña de once años, hija de ambos, llamada Isabel, predestinada por Dios para orgullo y ornamento de la América, que la venera en los altares bajo el nombre de *Santa Rosa de Lima*.

Como sus vecinos de Huarochirí, los canteños fueron rebeldes para someterse al yugo de la dominación española, dando no poco que hacer á don Francisco Pizarro; y como aquéllos, se mostraron también harto rehacios para aceptar la nueva religión.

En 1597 emprendió Santo Toribio la segunda visita de la diócesis, y detúvose una mañana en Quive para administrar á los fieles el sacramento de la confirmación. El párroco, que era un fraile de la Merced, habló al digno prelado de la ninguna devoción de sus feligreses, de lo mucho que trabajaba para apartarlos de la idolatría y de que, á pesar de sus exhortaciones, ruegos y amenazas, escaso fruto obtenía. Affligióse el arzobispo de escuchar informes tales y encaminóse á la capilla del pueblo, donde sólo encontró dos niños y una niña

que, llevados por sus padres, recibieron la confirmación.

La niña se llamaba Isabel Flores.

Con ánimo abatido salió Santo Toribio de la capilla, convencido de que la idolatría había echado raíces muy hondas en Quive, cuando entre más de tres mil almas, sólo había encontrado tres familias de sentimientos cristianos.

Los muchachos, alleccionados sin duda por sus padres, esperaban al santo arzobispo en la calle, y lo siguieron hasta la casa donde se había hospedado, gritándole en quechua y en són de burla:

—¡Narigudo! ¡Narigudo! ¡Narigudo!

Dice la tradición que su ilustrísima no levantó la mano para bendecir á la chusma, sino que, llenándosele los ojos de lágrimas, murmuró:

—¡Desgraciados! ¡No pasaréis de tres!...

Temblores, derrumbes en las minas, pérdida de cosechas, copiosas lluvias, incendios, caída de rayos, enfermedades y todo linaje de desventuras contribuyeron á que, antes de tres años, quedase el pueblo deshabitado, trasladándose á los caseríos y aldeas inmediatas los vecinos que tras tantas calamidades quedaron con resuello.

Desde entonces nunca han excedido de tres las familias que han habitado Quive; agregando el cronista de quien tomamos los principales datos de esta tradición: "Es tanta la fe que tienen los indígenas en la profecía de Santo Toribio, que por ningún interés se establecería en el pueblo una cuarta familia, pues dicen estar seguros de que morirían en breve de mala muerte".

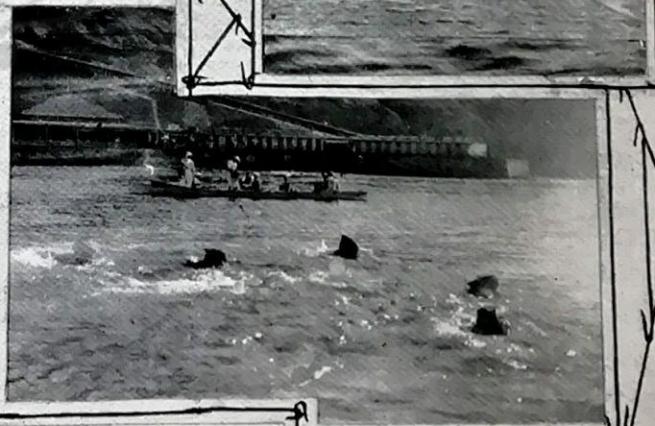
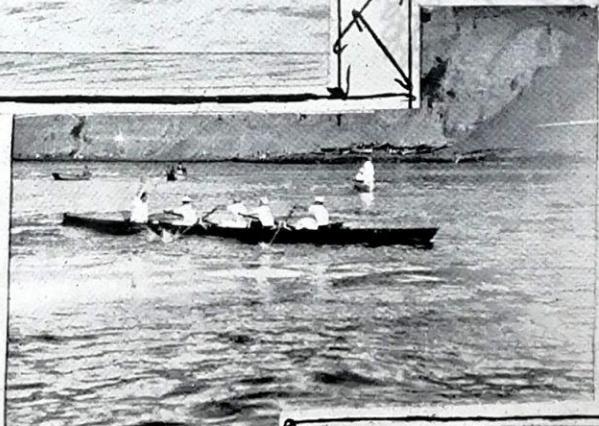
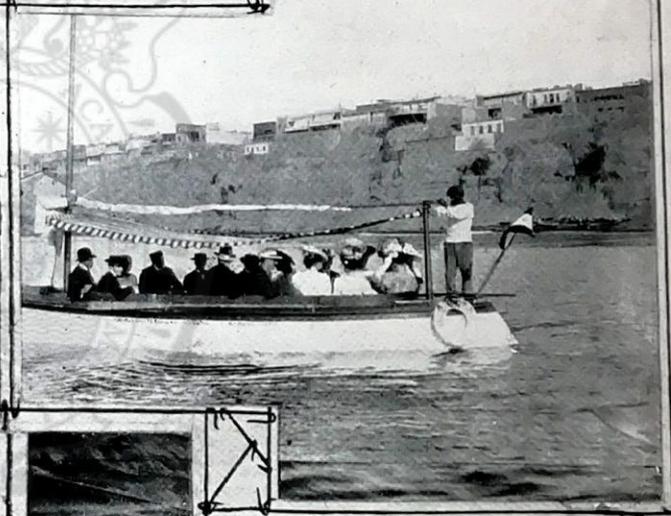
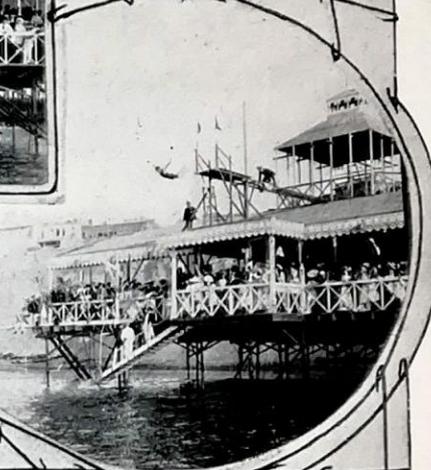
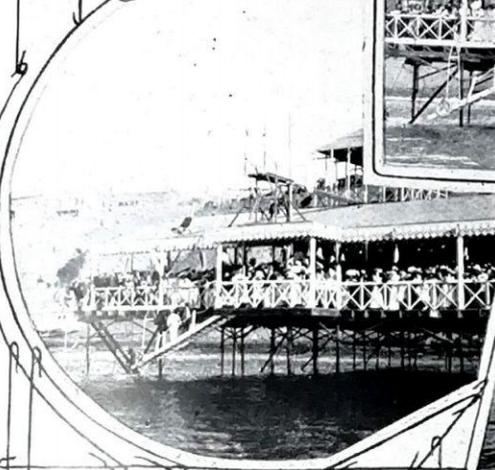
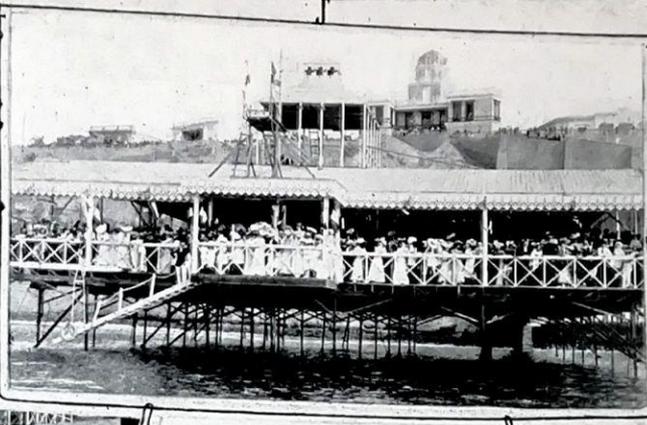
En el censo oficial de 1876 ya no figura el nombre de Quive ni como humilde aldehuela.

¡La profecía de Santo Toribio está cumplida!

En cuanto á la casa en que vivió Santa Rosa de Lima, y que de vez en cuando es visitada por algún viajero curioso, la religiosidad de los canteños poco ó nada cuida de su conservación,

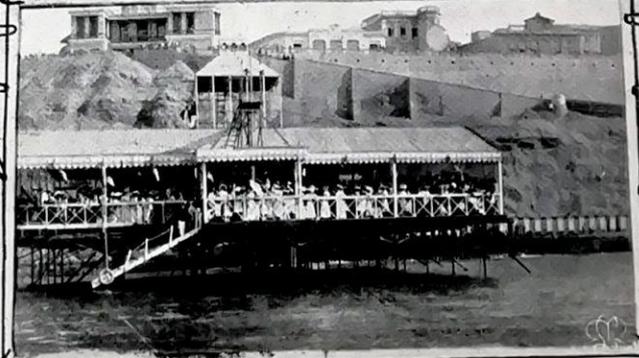
RICARDO PALMA.

SPORT



ARIEL

1906



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Las últimas regatas en Chorrillos
Universidad del Perú. Decana de América

Foto. Lund

NUESTROS ABUELOS

EL CARNAVAL DE LIMA

SÁTIRA

“¡Endiablada mujer! ¡Oh Lelio amado,
“De ti vengo á ampararme, todo entero
“En agua de lavazas empapado!.....

“Yo imaginé que goce tan grosero
“Fuese sólo del vulgo, y no abrazara
“Desde el grave Marqués hasta el pulpero.

“¡Triste de mí que no me aconsejara
“De vieja, de machucha y veraz gente,
“Antes que la experiencia me enseñara!

“Embarazando el paso, impertinente
“Ví la plebe en las calles agitada,
“Á estímulo quizá del aguardiente:

“Dando aquél gritos y con mano airida
“La jeringa cargando y descargando,
“Inunda en aguas puercas á su amada.

“Desenvuelta mulata concitando,
“La tropa mujeril, va con presteza
“Tras de dos caleseros galopando.

“¡Ay! ¡que los vence ya su ligereza!
“Ya los llegó á alcanzar: y por mojallos,
“Les rompió una botella en la cabeza;

“Ya les corre la sangre, y sin mirallos
“Están allá sus dignos compañeros,
“Bañándose en la acequia, cual caballos.

“No sé, en verdad, si fué por extranjeros;
“Ello es que don Eduardo y yo nos vimos
“Libres de tan horrendos aguaceros.

Mas ¡ah! ¡triste memoria! no bien dimos
“Término á nuestra grata compañía
“Y á rumbos diferentes proseguimos,

“Cuando sin que á villana alevosía
“De oculta mano me juzgara expuesto,
“Levantando una vieja celosía,

“Damisela sutil, de cuello enhiesto,
“Ajustada cintura, pelo rubio,
“Fruncida boca y remilgado gesto,

“Cual si del hondo y célebre Danubio,
“Las fuentes copiosísimas rompiera,
“Desde su alto balcón me echó un diluvio.

“Aquí mi amigo guarecerme quiera,
“Hasta que la cuaresma apetecida
“Marque el fulgente sol en su carrera;

“Porque el pobre que acaso se descuida
“Y va tal vez sudoso y sofocado,
“Puede ir de un jeringazo á la otra vida.”

Así me saludó desatentado
El buen Inglés Don Jorge hecho una sopa.
Púseme al punto á mitigar su enfado,

Lo despoje de su mojada ropa,
Y para ahogar los restos de su pena.
De ron consolador le dí una copa.

“Hora que ya, le dije, más serena
“Tu mente está, por una ventanilla
“Vas á mirar más agradable escena.

“Más ¡guarte si tu labio airado chilla!
“¡Guarte, que de tenaces mojadoras
“Á vernos llegue la fatal gavilla!

“¿Ya con los gritos y el rumor te azoras?
“Las salas mira en lodazal trocadas,
“Y en fregonas inmundas las señoras.

“Allí están tres consortes acosadas
“Por seis garzones, mientras un marido
“Sigue á un coro de vírgenes tiznadas.

“El necio petimetre, que rendido
“En pos de una beldad estuvo un año,
“Diciéndole caricias al oído,

“Y jamás pudo con su torpe amaño
“Hallar otro consuelo á sus amores
“Que un desengaño y otro desengaño;

“Hoy siente mitigados sus dolores,
“Si consigue al objeto de su llama
“Echarle un tendejón de aguas de olores.

“Fina responde á su atención la dama;
 “Y cual al toque de marciales cajas
 “Á lid sangrienta un batallón se inflama,

“Altas matronas y mujeres bajas,
 “Arrójanse á la bárbara pelea,
 “Sin que basten artesas, ni tinajas:

“Allí en aquel rincón está Dircea;
 “El pelo al rostro, y en harina envuelta,
 “Que la mejilla de carmín afea:

“Mientras mojado el traje y roto y suelto
 “Se pega el cuerpo, y vende la elegante
 “Mórbida forma de su talle esbelto,

“Á su lado con gesto amenazante,
 “Y oculto el pecho bajo arnés peludo,
 “Zenón por atraparla está anhelante.

“De levita y chaleco ya desnudo,
 “¡Ay! se atrevió la virginal cintura,
 “Con su brazo á enlazar, toscó, y membrudo.

“¡Ay! devorado ya por llama impura,
 “Osa tocar, cual sátiro lascivo,
 “El seno de esa mísera hermosura.

“¡Ella huye al toscó hocico el rostro esquivo!
 “Dónde la madre está? ¿Dónde? allí enfrente,
 “De una furia infernal retrato vivo.

“Un grupo de criadas insolente,
 “Á una víctima aferra desvalida.
 “Que ofrece de esa madre á la ira ardiente;

“Y la añosa bacante desceñida,
 “Salpicada del rinte de las canas,
 “Y de harina y de añil la faz ceñida,

“De mojar sacia sus voraces ganas,
 “Y en tan torpes retozos se recrea,
 “Cual pudieran soeces barraganas (1).”

¿Y costumbre tan rústica y tan fea
 Es grata al sexo encantador de Lima?
 ¿Quién, que el precioso edén de hermosas vea,



F. Pardo

Que flores en las márgenes del Rima,
 Y de clara razón la lumbre pura
 Que de esas bellas la beldad sublima;

¿Quién imaginará tanta locura:
 Que hallen placer ardiente en degradarse
 El talento, el pudor y la hermosura?

¿Será acaso difícil procurarse
 Pasatiempo más grato y decoroso,
 En que logre la mente solazarse?.....

Las usanzas del Támesis undoso
 Hacéis alarde de seguir discretas:
 Ya juzgáis necesario el té, y sabroso;

Del brindis conocéis las etiquetas;
 Muy tiesas, muy calladas, muy formales,
 Os gozáis en comer sin servilletas [2]:
 ¡Y jugáis sin embargo carnavales!.....

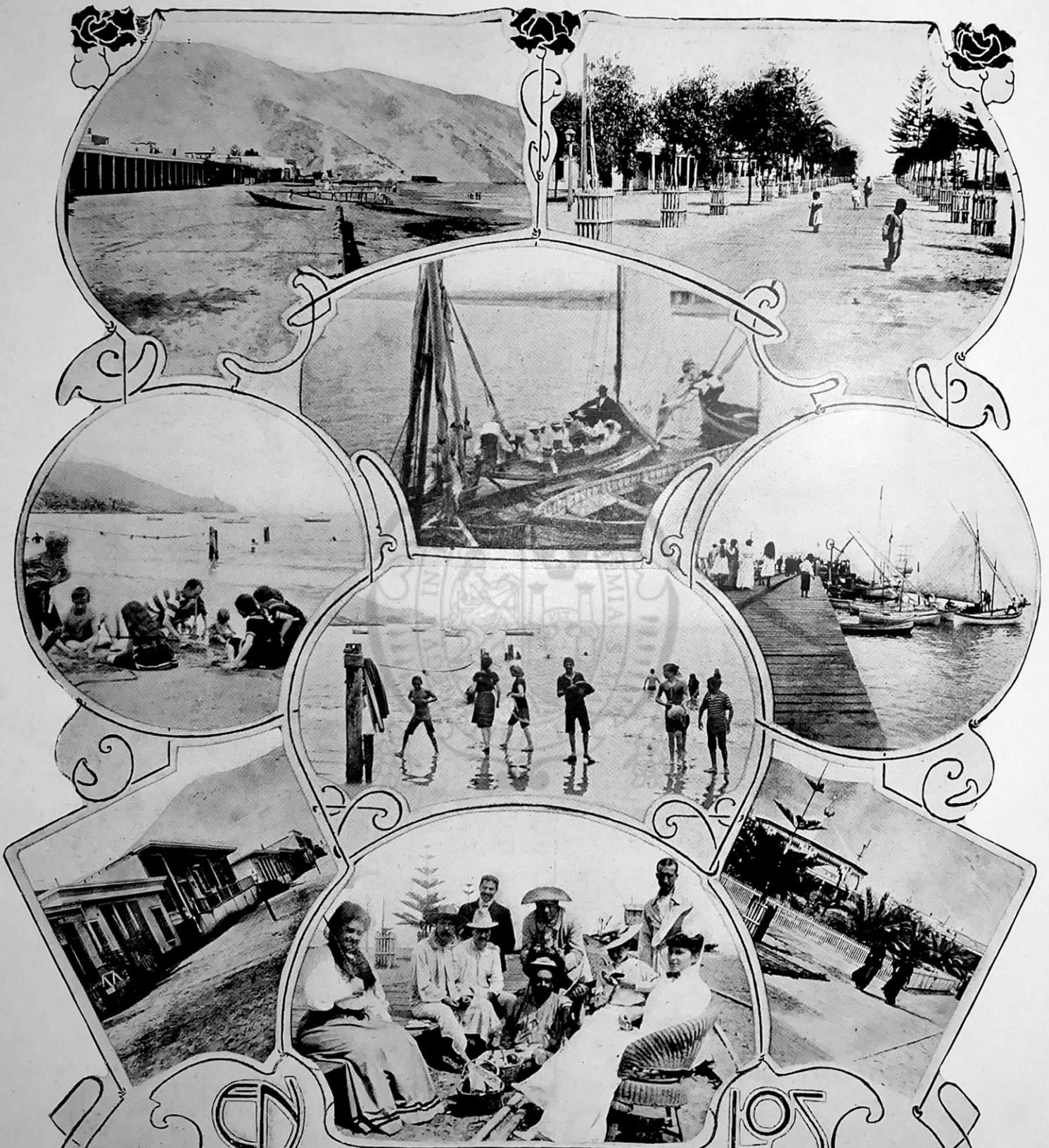
FELIPE PARDO Y ALIAGA.

Lima, 1830 á 34 (?)

(2) Desde el principio de la guerra de la Independencia, fueron objeto de severa proscripción las servilletas, y los tenedores de plata, que se reemplazaron con los de hierro, innovación tomada de las costumbres de los buques mercantes ingleses. Felizmente poco á poco se ha ido reconciliando la sociedad con los desgraciados proscriptos, y ya rara vez se ve un pobre hombre obligado á meterse en la boca un negro y asqueroso tridente, y á llevar los perfumes de las viandas en el pañuelo de narices, que tenía que llenar, en la mesa las funciones de la desterrada servilleta.—Autor.

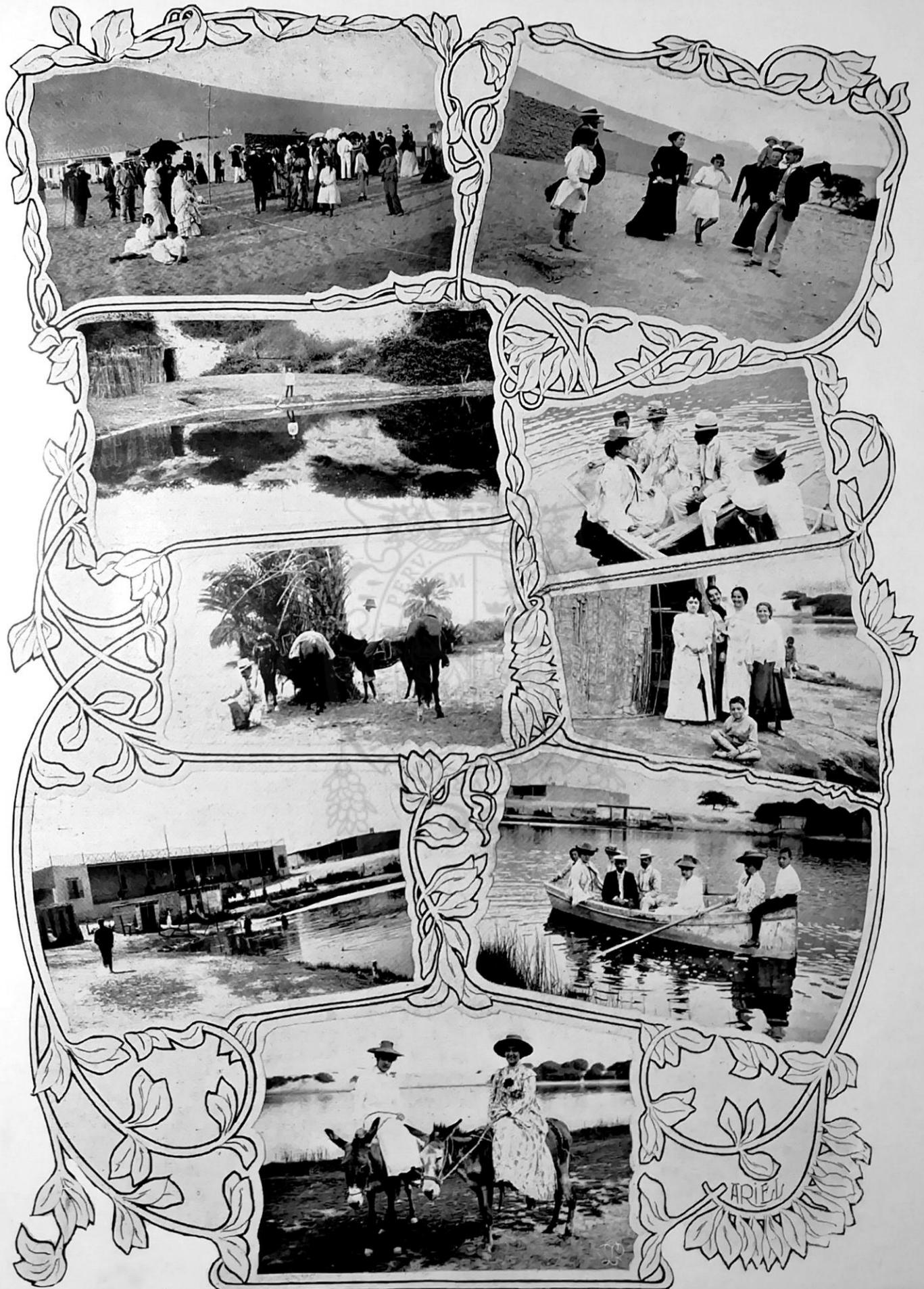
[1] Por exagerados que parezcan estos cuadros, no son, por desgracia, sino una representación fiel de las costumbres de la época en que fué escrita esta sátira; costumbres que quizás no difieren de las presentes, sino en ser algo menos generales, y en la supresión de la harina, añil y otros ingredientes que embellecían las abluciones.

ANCON



LA BALNEARIOS

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Colocación de la primera piedra para la iglesia
 Laguna La Vega
 Orovilca
 Hotel de Huacachina

Inst. A. A.

Los padrinos y el R. P. Cañete
 Paseo en bote
 Cuarto de baño
 Paseo en bote

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
 Universidad del Pacífico
 Paseo en Burro

LA TRANSTIBERINA

EL estreno acaba de concluir. Mientras que el público, de diversas maneras impresionado, se precipitaba hacia la calle, ondulando á la luz del gas del gran vestíbulo del teatro, algunos amigos, entre los cuales estaba yo, esperaban al poeta á la puerta del escenario para felicitarle. Su obra no había tenido, sin embargo, grande éxito. Demasiado difícil para la imaginación tímida y vulgar del público de ahora, se salía del cuadro de la escena, ese límite de los convencionalismos y de las libertades permitidas. La crítica pedante había dicho: «¡Esto no es teatro.....!» y los guasones del boulevard se vengaban de la emoción que acababa de producirles aquellos magníficos versos, diciendo: «¡Esto no dará un cuarto...!» Nosotros estábamos orgullosos de aquel amigo nuestro, que se había atrevido á hacer sonar, zumbar sus bellísimos versos de oro, todo el enjambre de su colmena, alrededor del ficticio sol de la araña, y á presentar personajes del natural, sin importarle la óptica del teatro moderno, ni los turbios cristales de los gemelos, ni los malos ojos.



Entre los maquinistas, los bomberos, los coristas arropados con sus bufandas, el poeta se acercó á nosotros, encorvando su elevada estatura, y el cuello del gabán levantado para resguardarse del frío, y abrigar su pobre barba y sus cabellos ya grises. Tenía el aspecto triste. Los aplausos de los alabarderos y de los literatos, relegados á un rincón del teatro, le predecían un número muy limitado de representaciones; los espectadores escogidos y escasos, el cartel pronto variado, sin dejar tiempo á su nombre para imponerse. Cuando se ha trabajado durante veinte años, cuando se está en plena madurez de talento y de edad, esa resistencia del público á comprenderle á uno tiene algo de abrumador y desesperante. Acaba uno por decirse: «Tal vez tengan razón». Se tiene miedo; ya no se sabe qué pensar.... Nuestras aclamaciones, nuestros apretones de mano entusiásticos, le confortaron un poco. «¿De veras creéis....? ¿Conque resulta bien....? La verdad es que ha hecho todo cuanto he podido». Y sus manos, ardorosas por la fiebre, se agarraban á las nuestras con inquietud; sus ojos, arrasados en lágrimas, buscaban una mirada sincera y tranquilizadora. Era como la angustia suplicante del enfermo preguntando al médico: «¿No es verdad que no me moriré?» ¡No, poeta, no morirás! Las operetas y las pantomimas que alcanzan centeneres de representaciones, que tienen millares de espectadores, se habrán olvidado bien pronto, habrán volado del cartel, mientras que tu obra será siempre joven y viva....

Mientras en la acera desierta estábamos exhortándolo, reanimándolo, se oyó una voz enérgica de contralto, con marcado acento italiano:

—¡Eh! artista; basta de poesía..... Vamos á comernos el guisado.

Al mismo tiempo, una señora gorda, envuelta en una nube y en un mantón de cuadros encarnados, cogió del brazo á nuestro amigo con un movimiento tan brutal, tan despótico, que se notó en seguida, en su fisonomía y en su actitud, la turbación que le causaba.

—Mi mujer, nos dijo; y volviéndose hacia ella con una sonrisa de vacilación:

—¿Los convidamos para que vean cómo haces tú el estofado?

Halagada en su amor propio de cocinera, la italiana consintió bastante graciosamente en recibirnos, y nos marchamos cinco ó seis con ellos para ir á comer carne estofada allá en las alturas de Montmartre, donde vivían.

Confieso que sentí cierto deseo de conocer la casa de aquel artista. Nuestro amigo vivía desde que se casó, muy retirado, y casi siempre en el campo; pero lo que yo conocía de su vida despertaba mi curiosidad. Hacía quince años, cuando estaba en todo el fervor de una imaginación romántica, había conocido en los alrededores de Roma á una arrogante joven, de quien se enamoró perdidamente. María Asunción vivía con su padre y toda una nidada de hermanas en una de aquellas casitas del Transtevere, que tienen los cimientos metidos en el Tiber, y una lancha de pescar, vieja, amarrada á las tapias. Un día vió á aquella hermosa italiana con los pies desnudos en la arena, con su saya encarnada de estrechos pliegues, con las mangas del corpiño remangadas hasta los hombros, sacando anguilas de una red. Las escamas relucientes, entre las mallas llenas de aguas; el río que parecía de oro, la saya encarnada; aquellos hermosos ojos negros, profundos, pensativos, que contrastaban con la radiante luz que todo lo rodeaba, deslumbraron al artista, acaso de una manera algo vulgar, como si fuese la estampa de un libro, vista en el escaparate de un editor de música. Por casualidad la muchacha tenía el corazón libre, porque no había amado todavía más que á un gato regalón y rubio, gran pescador de anguilas también, el cual se le erizaba el pelo cuando alguien se acercaba á su ama.



Nuestro enamorado consiguió apoderarse de toda

aquella gente, animales y personas; se casó en Santa María del Transtevere, y se trajo á Francia á la hermosa Asunción y á su ca-
lo....

¡Ah, *povero!* Lo que debió traerse también fué un rayo de sol de aquella tierra, un pedazo de cielo azul, la excentricidad del traje y las aguas del Tiber, y las grandes redes del *Ponte Rotto*: todo el cuadro con la imagen! Entonces no hubiera experimentado la terrible desilusión que sufrió cuando, instalado el matrimonio en un piso cuarto, allá en lo último de Montmartre, vió á su bella italiana metida en un vestido de volantes, adornada con un sombrero parisiense, el cual, siempre mal equilibrado sobre el edificio de sus abundantes trenzas, tomaba actitudes completamente independientes. A la fría y terrible claridad de los cielos de París, el infeliz advirtió bien pronto que su mujer era tonta, irremisiblemente tonta. Sus hermosos ojos negros, en contemplaciones infinitas, no llevaban ni un solo pensamiento en sus ondulaciones de terciopelo. Reflejaban, como los de un animal, la tranquilidad de la digestión, y nada más. Además la señora era grosera, rústica, habituada á manejar á bofetadas á toda la gente de su cabaña, y la menor resistencia le producía terribles accesos de cólera.

¿Quién hubiera dicho que aquella boca deliciosa, contraída cuando callaba en la más pura forma de las caras antiguas, se abría de repente para dejar escapar las injurias á borbotones, presurosas, tumultuarias?.... Sin respeto á sí misma ni á él, en medio de la calle, en pleno teatro, le armaba camorra, le provocaba escenas terribles de celos. Para que todo fuese completo, no tenía ni el menor sentimiento de las cosas artísticas; vivía en una ignorancia absoluta de la profesión de su marido, de la lengua, de los usos, de todo. El poco francés que le enseñara no le sirvió más que para hacerle olvidar el italiano, y para componer una especie de jerga extraña, que era altamente cómica. En resumen: aquella historia de amor, comenzada como un poema de Lamartine, concluirá como una novela de Champfleury.... Después de haber procurado durante largo tiempo civilizar á su bravía compañera, el poeta se convenció de que era necesario renunciar á esa empresa. Demasiado honrado para abandonarla, adoptó el partido de enclaustrarse, de no ver á nadie, de trabajar mucho. Los pocos amigos íntimos á quienes había admitido en su casa, advirtieron que estorbaban, y no volvieron. Así vivía hacía quince años: encerrado en su casa como un apestado....

Pensando en esa miserable existencia, contemplaba yo la extraña pareja que caminaba delante de mí. El; flaco, alto, un poco encorvado. Ella, cuadrada, ancha,



fornida, sacudiendo con los robustos hombros el mantón, que le estorbaba; independiente en su manera de andar, que parecía la de un hombre. Estaba muy alegre; hablaba alto, y de vez en cuando volvía la cabeza para ver si los seguíamos, llamando á aquellos de nosotros á quienes conocía, en voz muy alta, familiarmente, por sus nombres, y ayudándose para darse á entender con movimientos hombrunos, como hubiese hecho manejando la lancha de pesca en el Tiber. Cuando llegamos á su casa, el portero furioso al ver entrar á hora tan desusada aquel grupo alborotador, no quería dejarnos subir. Entre él y la italiana hubo en la escalera una escena terrible. Nosotros estábamos todos colocados en los escalones, medio iluminados por el gas, aburridos, violentos, sin saber si debíamos volver á bajar.

—Venid pronto, subamos, nos dijo el poeta en voz baja; y nosotros lo seguimos silenciosamente, mientras la italiana, apoyada en la barandilla, que apenas podía resistir su peso y su cólera, lanzaba una granizada de injurias, en la cual las impresiones romanas alternaban con el vocabulario de los boulevares exteriores. ¡Qué entrada en su casa para el poeta que acababa de agitar á todo el París artístico y conservaba aún en sus febriles ojos el resplandor del estreno de su obra! ¡Qué vuelta á la vida, tan humillante!.....

Hasta que nos vimos cerca de la chimenea de su saloncillo no se disipó el frío glacial causado por aquella estúpida aventura, y pronto no hubiéramos pensado ya en ello, si no hubiera sido por la voz chillona y las carcajadas groseras de la *signora*, que estaba en la cocina contando á su criada la manera que había tenido de despabilar á aquel *chulato*.... Cuando la mesa estuvo puesta y la cena preparada, vino á sentarse con nosotros sin chal, sin sombrero ni velo, y pude contemplarla á mi sabor. Ya no era guapa. La cara, cuadrada; la barba, abultada, gorda; los cabellos entrecanos y fuertes, y, sobre todo, la expresión vulgar de la boca, contrastaban singularmente con la eterna y estúpida melancolía de sus ojos. Con los dos codos apoyados en la mesa, familiarmente, groseramente, se mezclaba en nuestra conversación, sin perder de vista su plato. Precisamente encima de su cabeza, orgulloso en medio de las vejeces del salón, se destacaba un gran retrato, firmado por un hombre ilustre: era María Asunción á los veinte años. El traje de vivo color escarlata, el blanco lechoso de su camisolín plegado; el oro brillante de las alhajas, abundantes y



falsas, hacían resaltar magníficamente el brillo de su tez tostada, la sombra aterciopelada de sus ásperos cabellos, peinados sobre la frente y unidos por casi imperceptible vello á la línea soberbia de las cejas. ¡Cómo tanta exuberancia de hermosura y de vida había podido llegar á tanta vulgaridad!.....

Y con mucha curiosidad, mientras la italiana hablaba, yo interrogaba su hermosa mirada, profunda y dulce, retratada en el lienzo.

El calor de la mesa la había puesto de buen humor. Para reanimar al poeta, á quien su glorioso fracaso tenía entristecido, ella le daba grandes manotones en la espalda, reía á mandíbula batiente y decía en horrorosa jerga, que no valía la pena de por tan poca cosa meter la cabeza debajo del *campanile del domo*.

—¿No es verdad, *cato*? añadía volviéndose hacia el gato maltés, lleno de reumatismo, que roncaba delante de la chimenea. Luego, de repente, en medio de una discusión interesante, gritaba á su marido con voz brutal, como disparo de escopeta:

—¡Eh, artista!... *la lampá que fila!*

Rápidamente el infeliz se interrumpió para arreglar



la luz de la lámpara, humilde, sumiso, deseoso de evitar la escena que temía, y que, á pesar de todo, no pudo evitar.

Al volver del teatro nos habíamos detenido en la *Casa de Oro* para tomar una botella de vino bueno con que rociar el *estufato*. Todo el camino María Asunción la había llevado religiosamente debajo del mantón, y al llegar la colocó encima de la mesa, y allí la acariciaba con mirada enternecida, porque las romanas son aficionadas al buen vino. Dos ó tres veces ya, desconfiando de las distracciones de su marido y de sus brazos larguiruchos, le había dicho.

—Ten cuidado con la *boteglia*.... Vas á romperla.

Y al ir á la cocina para sacar el estofado, volvió á gritarle:

«Sobre todo, no rompas la *boteglia*».

Desgraciadamente, en cuanto su mujer no estuvo allí, el poeta aprovechó el tiempo para hablar de arte, de teatro, de los éxitos, tan libremente, con tanta verbosidad y entusiasmo que..... ¡patatrás! Al hacer un ademán más elocuente que los otros, la botella se hizo mil pedazos y se derramó en el suelo. Jamás había yo visto un aturdimiento semejante. Se detuvo, se puso muy pálido... Al mismo tiempo rugió la voz de contralto de la italiana en la habitación contigua y la italiana apareció con los ojos echando fuego, el labio contraído por la rabia, roja del color de la hornilla.

—¡La *boteglia*! rugió con voz terrible.

Entonces él tímidamente se inclinó á mi oído:

—Dí que has sido tú.....

Y el pobre diablo tenía tanto miedo, que por debajo de la mesa sentía yo temblar sus piernas.....

ALFONSO DAUDET.



MELOPEA

Fatal necesidad
de arrullos y de amor,
que no conoce edad,
que no teme al dolor,
que siempre ha de vencer
á toda otra ansiedad,
buscando el corazón de la mujer!

Este mal que es el bien del Universo
yo sentí,
la luz incomparable de tus ojos
cuando ví.
Fatal necesidad,
dulce condenación
que me entrega á tus pies sin voluntad...

De amor por la virtud
se vuelve á la niñez;
noble es su esclavitud,
santa su embriaguez.
Probando este licor
no hay antes ni después,
todo es uno y presente en el amor.

De mi pecho aletea entre las redes
un turpial
que canta en las auroras de tu risa
celestial.

Y á su vivaz canción
responde en tono igual
otra ave que anidó en tu corazón.

Creyéndome feliz
vivo en la embriaguez
y en mi cielo antes gris
luce la esplendidez.
Ardo en fuego voraz
desde que aquella vez
dándome todo á ti pediste aún más.....

Más amor desbordante en la áurea copa
que bebí,
al cielo, tu morada, iré á buscarlo
para tí.

Más sublime placer,
más romántico amor
no hallé en el corazón de otra mujer!

CRISTÓBAL DE BURGOS.

ORACION A LA LUNA

Traducción del catalán para PRISMA



ASTA amada de Osiris.
 Patrona de Cartago.
 Pálida amiga de las riberas del Nilo.
 Fanal de las ruinas.
 Consuelo de la noche.
 Libro de plata de los tristes, de los poetas y de los enamorados.

Astro de eterna quietud.
 Blanca sirena de mirada melancólica.
 Emerge del vuelo de nubes que tejen ante tu rostro un encaje de extendidas alas de ángeles, y mira la pobre tierra desde tu trono de estrellas.

Rueda de encendido fuego, que se levanta rodeada de gasas de oro y de rosadas nubes, surge de Oriente—¡oh enamorada del silencio!—que la tierra te añora.

Siguiendo tu nocturna ruta azul, rodeada de tu niebla de púrpura y majestuosamente suspendida, que no se apague tu luz, porque las almas enfermas ven en tí el espejo de su propia melancolía.

No temas la oscuridad, no te espanten las tinieblas, no te amedrente la voz del trueno, que la blanca luz que envías, hace meditar á tus contempladores y soñar á tus amantes.

Tu mirada de líquida madreperla, tiñe de colores únicos los labios de las vírgenes.

Empalidece la frente de los artistas y de los poetas.

Endulza las pupilas azules, reflejando en su fondo borrosas nubes de vaguedad infinita.

Tu mirada enigmática señala con un beso los ignorados sufrimientos, las tristezas sin lágrimas, los sueños de la muerte resignada.

Hace brotar á la luz de la idea los oscuros presentimientos.

Hace florecer en los labios los besos puros, lanzándolos á otros labios que los conocen y esperan.

Calma el corazón, encendiéndolo.

Crea poesía sin palabras.

Y es la luz de la calma y el reposo de la vida.

Tú modelas las curvas femeninas.

Tú envuelves la majestad de los cipreses.

Tú siembras diamantes en los juegos de agua, que cantan espejeándose en la taza de mármol.

Tú espolvoreas de plata, las onduladas olas.

Tú bañas con rocío de luz las flores del camposanto.

Tú vives en los templos en ruina, en los claustros desiertos, sobre las columnas trucas y las losas abiertas.

Tú penetras donde pueda gozarse de una gris melancolía, donde pueda sentirse el reposo de belleza soberana, y donde la poesía duerma.

Bañados por tu luz se dieron los más solemnes juramentos.

Se cambiaron los besos más largos y más ardientemente silenciosos.

Se musitaron al oído promesas de pasiones eternas.

Se murmuraron letanías de palabras amorosas.

Seapuró hasta el alma la esencia de la esperanza sin límites.

Y se vació el corazón de los enamorados, entre mudos arrobamientos y silencios voluptuosos.

Dicen que caminas muerta—¡oh romántica linterna de la noche!—que tus venas, que fingen cascadas de nácar, son ríos agotados y desiertos; que tus sombras purpurinas son volcanes apagados; que tu blanco y diamantino resplandor no es otra cosa que llanuras sin bosques y montañas sin nieblas; que es tu luz solo un reflejo; y tu diáfana aureola, ilusión de la mirada.

Nada importa, quizás por ser ilusión te encontramos más hermosa; quizás porque muerta avanzas, solitaria caminando á tu sepulcro, se acrecienta nuestra triste simpatía; quizás porque dejas en los ojos la tristeza de tu dulcísima mirada, ya te esperan dulcemente los que sufren en la tierra

.....
 Para ellos no te apagues de los cielos.

.....
 Emerge del vuelo de nubes que tejen ante tu rostro un encaje de extendidas alas de ángeles y mira la pobre tierra desde tu trono de estrellas.

Rueda de encendido fuego, que se levanta rodeada de gasas de oro y de rosadas nubes, surge de Oriente—¡oh enamorada del silencio!—que la tierra te añora.

Siguiendo tu nocturna ruta azul, rodeada de tu niebla de púrpura y majestuosamente suspendida, que no se apague tu luz porque las almas enfermas ven en tí el espejo de su propia melancolía,

No temas la oscuridad, no te espanten las tinieblas, no te amedrente la voz del trueno, que la blanca luz que envías hace meditar á tus contempladores y soñar á tus amantes.

.....
 Camina, casta amada de Osiris.

Patrona de Cartago.

Pálida amiga de las riberas del Nilo.

Fanal de las ruinas.

Consuelo de la noche.

Libro de plata de los tristes, de los poetas y de los enamorados.

Astro de eterna quietud.

.....
 Camina, que son muchos los que por tí rezan.

.....

SANTIAGO RUSIÑOL.



EL RUBÍ

—Ah! Con que es cierto! Con que ese sabio parisien- se ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar á otro, á cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul—cuasi Althotas.—el químico Fremy acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo—que era sabidor y de genio harto vivaz—seguía monologando.

—Ah, sabios de la edad media! Ah Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! Vosotros no pudísteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo décimo nono á formar á la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos! Pues el conjuro! fusión por veinte días, de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo: coloración con bicromato de potasa, ó con óxido de cobalto. Palabras en verdad que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.



El cuerpo del delito estaba ahí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro: un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba á su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todo los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunelos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores, podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapizlázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalacticas, los esmeraldas esparcían sus resplandores verdes, y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto, y en el pavimento, cuajado de ópalo, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, á gotas armónicas como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! El había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en la mano, otros de gala, con caperuzas flamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos curiosos. Puck dijo así:

—Me habeis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados á la turca, se tiraban de los

bigotes; daban las gracias á Puck, con una pausada inclinación de cabeza; y los más cercanos á él examinaban con gesto de asombro, las lindas alas, semejantes á las de un hipsipilo.

Continuó:

—Oh tierra! Oh Mujer! Desde el tiempo en que veía á Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

—Esos rubíes!

En la gran ciudad de París, volando invisibles, los ví por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los

rastaquers, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícaro sonrisa siempre:

—Yo me colé hasta cierto gabinete rosado muy en boga.... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué un medallón y del medallón un rubí. Ahí lo tenéis.

Todos soltaron la carcajada. Qué cascabaleo!

—Eh, amigo Puck!

Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre ó de sabio, que es peor!

—Vidrio!

—Maleficio!

—Ponzoña y cábala!

—Química!

—Pretender imitar un fragmento del íris!

—El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

—Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto de patriarca hecho pasa, su cara llena de arrugas:

—Señores!—dijo—que no sabeis lo que hablais!

Todos escucharon.

—Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasado el oro, que he dado un día un puñetazo á un muro de piedra, y caí á un lago donde violé á una niña; yo el viejo, os referiré de como se hizo el rubí.

Oid.



Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano cuyas canas palidecían á los resplandores de la pedrería, y cuyas manos extendían su movible sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de



—Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos á nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorgojo, y el campo todo, saludaban al sol y á la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz; y en el árbol la sávia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento ó balido ó cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina añeja. Luego, bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y cristalino. Yo tenía sed. Quise beber ahí..... Ahorra, oíd mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas, festivas; y allá, entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas.....

—Ninfas?

—Nó, mujeres.



—Yo sabía cual era mi gruta. Con dar una patada en el suelo, abría la arena negra y llegaba á mi dominio. Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí, sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa y parlante; y á ella, á la hermosa, á la mujer la agarré de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeó el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro; abajo el gnomo soberbio y vencedor.

Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba á los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba á un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi bella, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba á un hombre, y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Estos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban á él; y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada, tenía—yo lo notaba—convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. Cómo ambos así se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.



Había acabado yo mi trabajo; un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oír algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. Ay! y

queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, le di mis besos más ardientes; mas la sangre corría inundando el recinto, y la gran masa diamantina, se teñía de grana.

Me pareció que sentía, al darle un beso, un perfume salido de aquella boca encendida; el alma; el cuerpo quedó inerte.

Quando el gran patriarca nuestro, el centenario semi-dios de las entrañas terrestres pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos.....



Pausa.

—Habeis comprendido?

Los gnomos muy graves se levantaron. Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio,

—Mirad, no tiene facetas!

—Brilla pálidamente!

—Impostura!

—Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron á arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían:—He aquí! Hé aquí lo nuestro, oh madre Tierra!

Aquella era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto con toda la dignidad de un gnomo:

—Y bien! el desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos,—con desden terrible—á un hoyo que abajo daba á una antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron á bailar asidos de las manos una farandola loca y sonora.

Y celebraban con risas, el verse grandes en la sombra!



Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba —siempre con su sonrisa sonrosada!—Tierra.....Mujer.... Por qué tú, oh madre Tierra! eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la sabia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina, y la casta flor de lis. Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! Y tú Mujer! eres—espíritu y carne—toda Amor.

RUBÉN DARÍO.

ORACION A LA LUNA

Traducción del catalán para PRISMA

CASTA amada de Osiris.
 Patrona de Cartago.
 Pálida amiga de las riberas del Nilo.
 Fanal de las ruinas.
 Consuelo de la noche.
 Libro de plata de los tristes, de los poetas y de los enamorados.
 Astro de eterna quietud.
 Blanca sirena de mirada melancólica.
 Emerge del vuelo de nubes que tejen ante tu rostro un encaje de extendidas alas de ángeles, y mira la pobre tierra desde tu trono de estrellas.
 Rueda de encendido fuego, que se levanta rodeada de gasas de oro y de rosadas nubes, surge de Oriente—¡oh enamorada del silencio!—que la tierra te añora.
 Siguiendo tu nocturna ruta azul, rodeada de tu niebla de púrpura y majestuosamente suspendida, que no se apague tu luz, porque las almas enfermas ven en tí el espejo de su propia melancolía.
 No temas la oscuridad, no te espanten las tinieblas, no te amedrente la voz del trueno, que la blanca luz que envías, hace meditar á tus contempladores y soñar á tus amantes.
 Tu mirada de líquida madreperla, tiñe de colores únicos los labios de las vírgenes.
 Empalidece la frente de los artistas y de los poetas.
 Endulza las pupilas azules, reflejando en su fondo borrosas nubes de vaguedad infinita.
 Tu mirada enigmática señala con un beso los ignorados sufrimientos, las tristezas sin lágrimas, los sueños de la muerte resignada.
 Hace brotar á la luz de la idea los oscuros presentimientos.
 Hace florecer en los labios los besos puros, lanzándolos á otros labios que los conocen y esperan.
 Calma el corazón, encendiéndolo.
 Crea poesía sin palabras.
 Y es la luz de la calma y el reposo de la vida.
 Tú modelas las curvas femeninas.
 Tú envuelves la majestad de los cipreses.
 Tú siembras diamantes en los juegos de agua, que cantan espejeándose en la taza de mármol.
 Tú espolvoreas de plata, las onduladas olas.
 Tú bañas con rocío de luz las flores del camposanto.
 Tú vives en los templos en ruina, en los claustros desiertos, sobre las columnas trucas y las losas abiertas.
 Tú penetras donde pueda gozarse de una gris melancolía, donde pueda sentirse el reposo de belleza soberana, y donde la poesía duerma.
 Bañados por tu luz se dieron los más solemnes juramentos.

Se cambiaron los besos más largos y más ardientemente silenciosos.
 Se musitaron al oído promesas de pasiones eternas.
 Se murmuraron letanías de palabras amorosas.
 Seapuró hasta el alma la esencia de la esperanza sin límites.

Y se vació el corazón de los enamorados, entre mudos arrobamientos y silencios voluptuosos.

Dicen que caminas muerta—¡oh romántica linterna de la noche!—que tus venas, que fingen cascadas de nácar, son ríos agotados y desiertos; que tus sombras purpúreas son volcanes apagados; que tu blanco y diamantino resplandor no es otra cosa que llanuras sin bosques y montañas sin nieblas; que es tu luz solo un reflejo; y tu diáfana aureola, ilusión de la mirada.

Nada importa, quizás por ser ilusión te encontramos más hermosa; quizás porque muerta avanzas, solitaria caminando á tu sepulcro, se acrecienta nuestra triste simpatía; quizás porque dejas en los ojos la tristeza de tu dulcísima mirada, ya te esperan dulcemente los que sufren en la tierra

.....
 Para ellos no te apagues de los cielos.

Emerge del vuelo de nubes que tejen ante tu rostro un encaje de extendidas alas de ángeles y mira la pobre tierra desde tu trono de estrellas.

Rueda de encendido fuego, que se levanta rodeada de gasas de oro y de rosadas nubes, surge de Oriente—¡oh enamorada del silencio!—que la tierra te añora.

Siguiendo tu nocturna ruta azul, rodeada de tu niebla de púrpura y majestuosamente suspendida, que no se apague tu luz porque las almas enfermas ven en tí el espejo de su propia melancolía,

No temas la oscuridad, no te espanten las tinieblas, no te amedrente la voz del trueno, que la blanca luz que envías hace meditar á tus contempladores y soñar á tus amantes.

.....
 Camina, casta amada de Osiris.

Patrona de Cartago.

Pálida amiga de las riberas del Nilo.

Fanal de las ruinas.

Consuelo de la noche.

Libro de plata de los tristes, de los poetas y de los enamorados.

Astro de eterna quietud.

.....
 Camina, que son muchos los que por ti rezan.

SANTIAGO RUSIÑOL.

"PRISMA" EN LA HABANA

GRANDE es el entusiasmo que reina entre los aficionados al automovilismo con motivo de las grandes carreras internacionales que han de celebrarse próximamente en esta capital. Hay ya inscriptas dieciocho potentes máquinas, y el presidente de la «Asociación de Automóviles» ha adquirido para representar á Cuba y defender la copa un *Clement* de ciento veinte caballos de fuerza; también llegarán pronto los magníficos *Fiat* italianos y tres *Mercedes*, máquinas de igual potencia que la anterior.

El interés que despiertan las carreras es grandísimo, si se tiene en cuenta que que en las verificadas en enero, salió vencedor un *chauffer* cubano, quedando la copa en Cuba, á pesar de habérsela disputado afamados *chauffers* americanos y europeos.

La Municipalidad y el Departamento de Obras Públicas prestan valioso apoyo para que el éxito sea brillante: la primera concediendo premios y subvenciones, y el segundo arreglando, sin omitir gasto alguno, las carreteras y además allanando cuantos obstáculos y dificultades se presentan.

Como es natural, van llegando muchos «touristas» con automóviles y también multitud de reporters y fotógrafos de la prensa americana.

¿Volverá á quedarse la copa en Cuba?

Maria Barrientos, la noble *diva* española, á la que se esperaba con verdadera impaciencia, no puede venir.

Una seria enfermedad la retiene en Milán, privándonos de deleitarnos con la magnífica voz de la célebre cantante.

Viene en su lugar la tan aplaudida por el público de Lima, Josefina Sens que, en breve, debutará el «Teatro Nacional.»

El bajo Andrés Perelló de Seguro, que tanto gustó en esa, cantando con la Gabbi en el «Principal», actúa con mucho éxito en el teatro «Payret» de esta capital.

Están, pues, de plácemes los habaneros.

Los acontecimientos políticos que tanta excitación produjeron, han cesado por completo volviendo la tranquilidad y restableciéndose la y buena marcha de la República.

Verificadas las elecciones ha resultado reelecto en el cargo de Presidente de la República el señor Tomás Estrada Palma, que es objeto de felicitaciones por parte de sus amigos y simpatizadores.

El doctor Domingo Méndez Cajote, político de alto vuelo, ha sido electo vicepresidente.

Para concluir, ofrezco á los lectores de PRISMA algunas fotografías de paseos y edificios terminados recientemente, por lo que se puede apreciar lo mucho que adelanta la Habana, ciudad populosa y de gran comercio.

J. A. GODOY (Hijo).



Una calle principal



En el puerto



Cementerio



Parque

ECOS MUNDIALES

LA grave situación por la que ha estado pasando Rusia, á raíz de sus derrotas en la sangrienta guerra con el milagroso imperio moderno del Sol Levante, ha puesto en alto relieve la figura de un hombre del pueblo, elevado por sus grandes méritos al puesto de primer ministro del vasto imperio moscovita.

Uno de nuestros grabados representa al conde Witte, feliz plenipotenciario en las conferencias de paz con el Japón y hoy director supremo de la política rusa, de la evolución pacificadora y liberal de la vieja autocracia de los zares. Véase también allí al terrible prefecto de Policía Trepoff, al pope Gapón, y á algunos de los principales cabecillas de la revolución.

☆

Un reino simpático que recobra su autonomía y se independiza en paz, es el de la frígida Noruega, patria del gran Ibsen.

Su nuevo rey, á quien ya conocen nuestros lectores por retrato, es un joven miembro de la familia real da-

nesa, que ha cambiado su nombre germano de Carlos por el escandinavo de Haakon, para asimilarse por completo á su nueva patria.

Parece que es un excelente padre de familia.

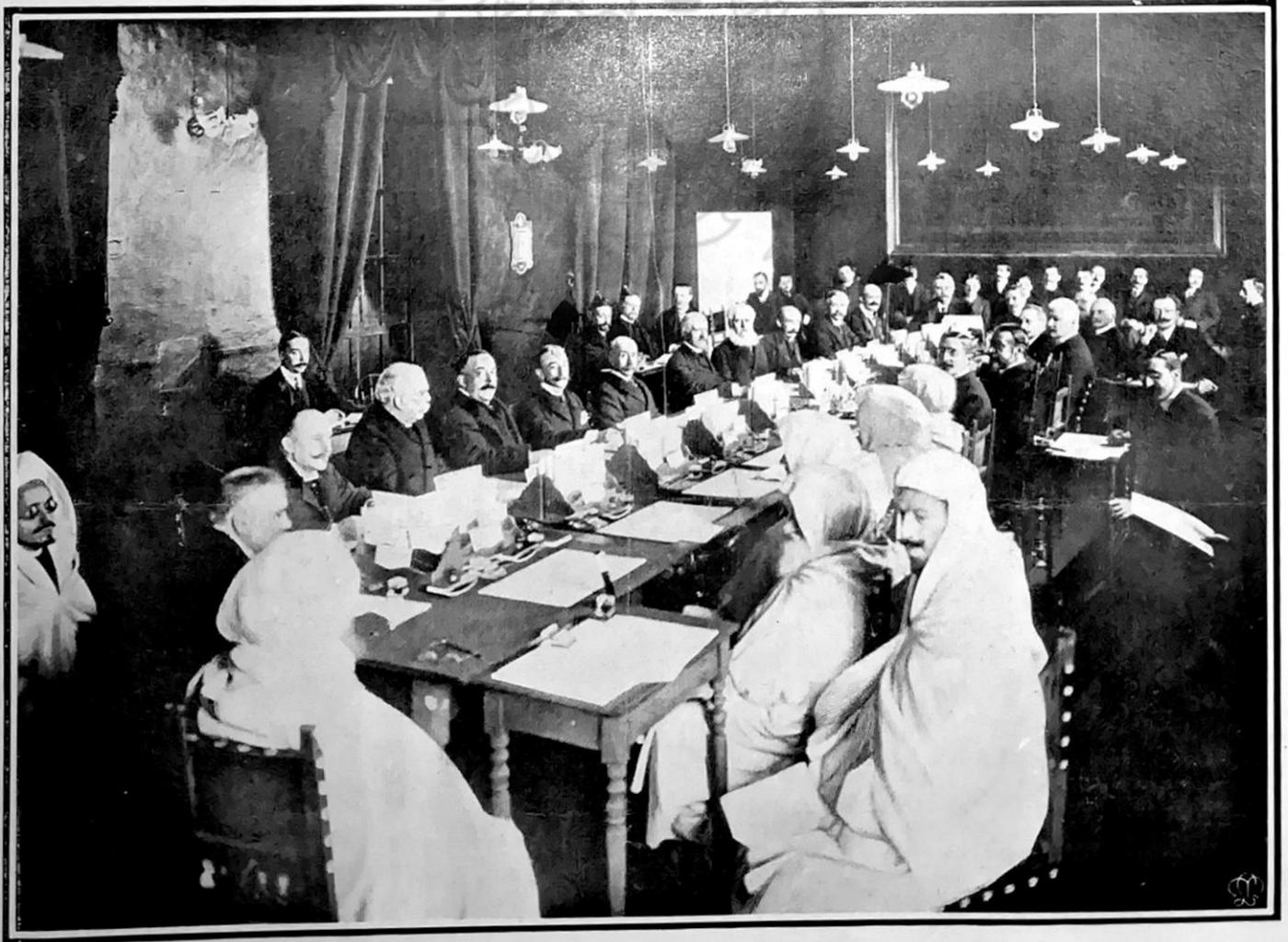
El día de la llegada del vapor *Heimdal* al puerto de Cristiania, el ruido de los cañones asustó al pequeño príncipe *Olaf*, pero como en esos momentos subiera abordo el jefe del gobierno provisional de Noruega, Mr. Michelsen, á dar la bienvenida al nuevo soberano, éste, padre amoroso ante todo, tomó en brazos á su hijito, y así recibió las felicitaciones del primer ministro.

Es un bonito cuadro.

☆

Federico VIII, ocupa el trono de Dinamarca, por la muerte del viejo y patriarcal Cristian IX. Lo presentamos hoy á los lectores de PRISMA.

☆



LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE ALGECIRAS
 Universidad Nacional Mayor de San Marcos
 Universidad del Perú. Decana de América

Un retrato del sultán de Marruecos Muley Abdul Assiz, vestido á la europea, y una hermosa vista de la sala de conferencias de la Comisión internacional en Algeciras, que arreglará, probablemente, las espinosas cuestiones de política y finanzas en el imperio del Mogreb, completan, por ahora, nuestros ecos mundiales gráficos, en la medida del espacio de que podemos disponer en esta revista.



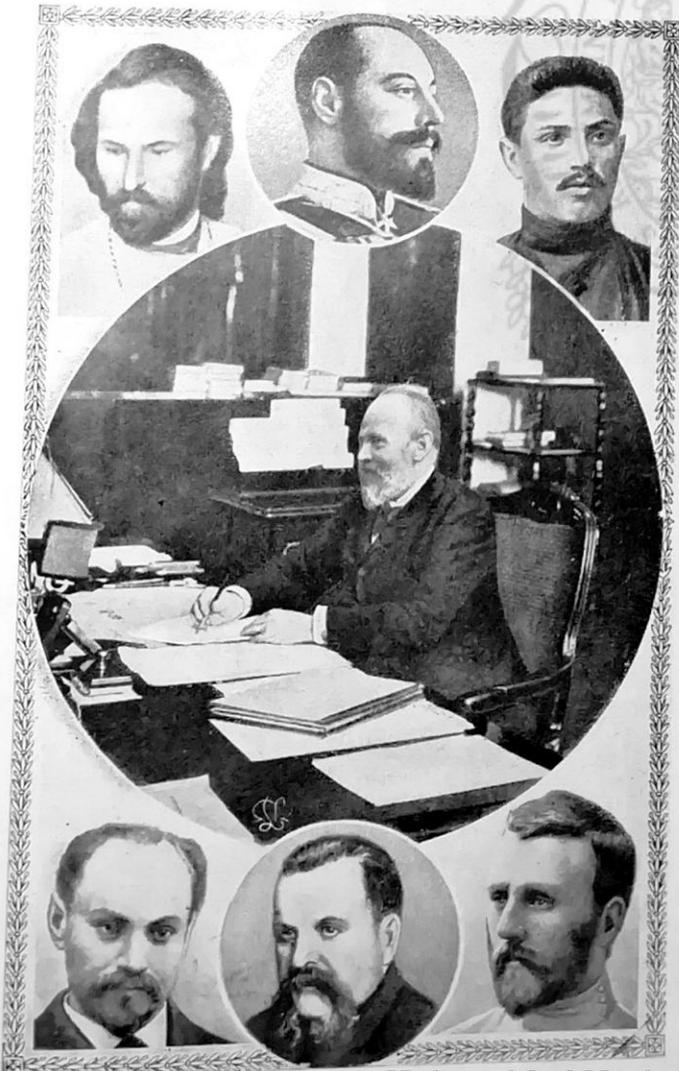
FEDERICO VIII DE DINAMARCA

del espacio de que podemos

ECO.



EL REY HAAKON AL LLEGAR A CRISTANIA



EL SULTAN DE MARRUECOS

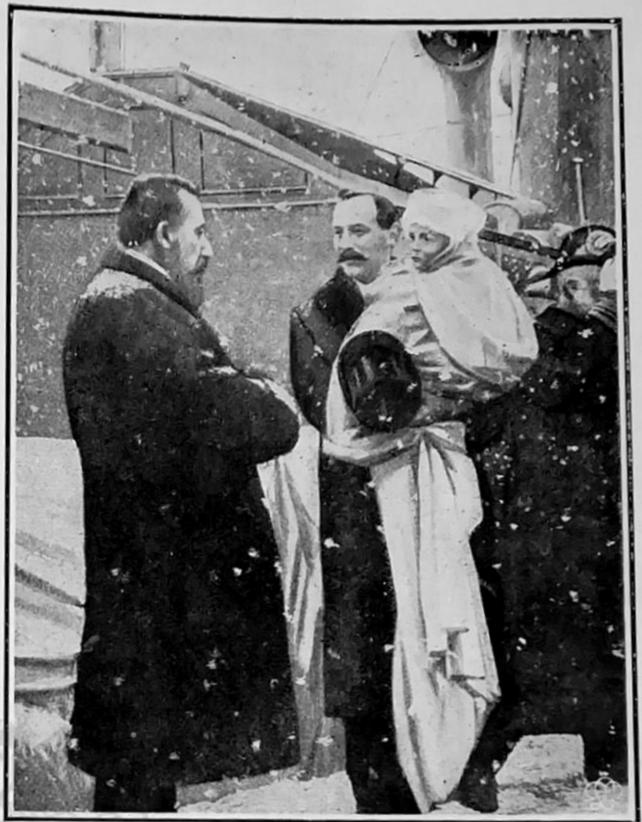
Un retrato del sultán de Marruecos Muley Abdul Assiz, vestido á la europea, y una hermosa vista de la sala de conferencias de la Comisión internacional en Algeciras, que arreglará, probablemente, las espinosas cuestiones de política y finanzas en el imperio del Mogreb, completan, por ahora, nuestros ecos mundiales gráficos, en la medida del espacio de que podemos disponer en esta revista.



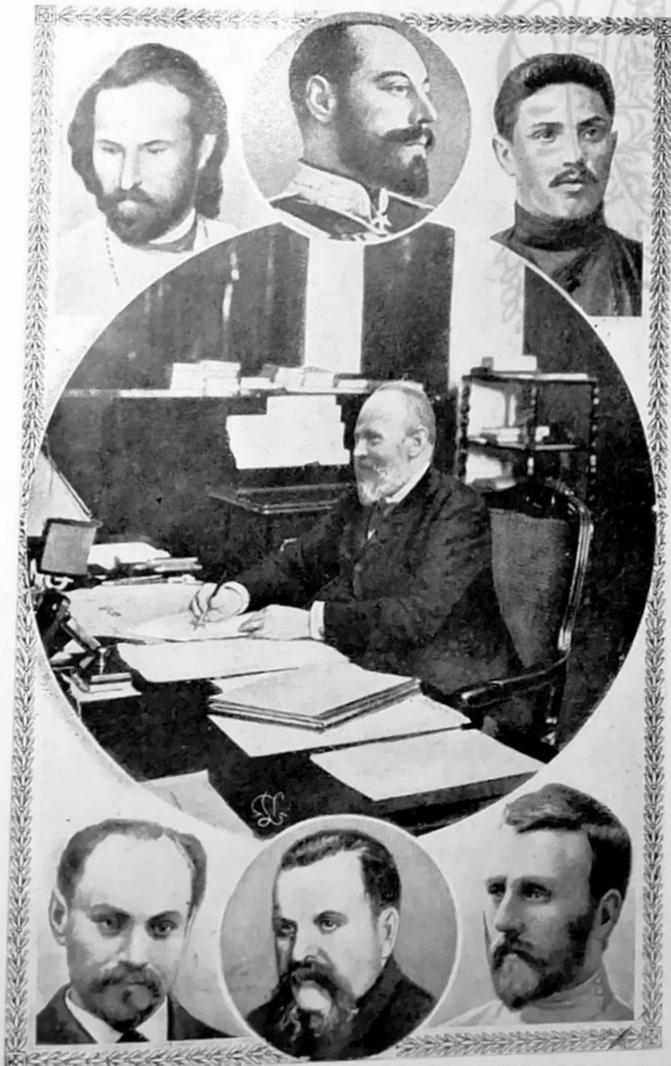
FEDERICO VIII DE DINAMARCA

del espacio de que podemos

ECO.



EL REY HAAKON AL LLEGAR A CRISTANIA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

EL SULTAN DE MARRUECOS

LA POLITICA EN RUSIA

Universidad del Perú. Decana de América

UN ARTISTA ILUSTRE

J. F. DELMAS

DESDE 1886 en que hizo su debut en el papel de Saint Bris en los *Hugonotes*, quedó Delmas consagrado como eximio artista y cantor. En el mismo año había obtenido el primer premio en el Conservatorio de París, que le fué acordado por unanimidad. Los técnicos de esa institución le clasificaron como bajo cantante; pero

expresión ya de las pasiones más ardientes, ya para la majestad serena de los dioses y los héroes ó para la sonrisa de los sabios. Desde hace veinte años es Delmas el más ilustre artista del teatro de la *Opera*, y en todo este tiempo su voz ha ganado notablemente en suavidad y media tinto. Su voluntad tenaz y su amor por el



Delmas, en el rol del Zapatero-poeta de los Maitres Chanteurs



Delmas, en el rol de Yayo en el Otello de Verdi

en virtud de la gran extensión de su voz que va con igual sonoridad desde el *fa* grave de los bajos hasta el *la* agudo de los tenores, le corresponde mejor ser clasificado como barítono. La voz de Delmas es vibrante y cálida y de una ductilidad asombrosa de expresión. Frente altiva, rostro de hermosas líneas, dóciles para la

arte le han ido llegando de progreso en progreso al máximo de perfección que es posible alcanzar en el arte del canto. De los cuarenta roles que ha interpretado en la Opera catorce han sido creaciones suyas en las obras siguientes: *La dama de Monsoreau*, *Zaira*, *El Mago*, *Thais*, *Hellé*, *Messidor*, *La Burgonde*, *Astarté*, *El Rey de París*, *Los bárbaros*, *Orzola*, *El Hijo de la Estrella* y *Daria*. A estas creaciones hay que añadir las de *Judith* y *Holofernes* en San Petersburgo; *Moïna* y *Luz de Asia* en Montecarlo.

El éxito de Delmas en su brillante carrera ha sido completo. Podría el artista decir, sin pecar de inmodesto, que no ha tenido un solo fracaso, y ello es debido á los múltiples y excepcionales recursos de que dispone. Ya haga de Wotan ó el Hans Sachs, ó el equívoco Enrique VIII, el ridículo Tonio ó el sardónico Yago, la sinceridad de su trabajo, su celo de artista, tan perfecto, le proporcionan fácilmente el triunfo.

Cuando Wagner se impuso en Francia los partidarios de su ópera tuvieron el temor de que no hubiera entre los artistas franceses intérpretes dignos de su genio. Por temor no había cuidado, porque estaba Van Dyck, que es el tenor wagneriano ideal. La elección de los músicos impuso á Delmas para hacer el Wotan en la *Walkiria* y el Hans Sachs en los *Maestros Cantores*. Y en efecto, más que éxitos alcanzó Delmas, en los estrenos de estas obras, dos verdaderas apoteosis. Y en Alemania mismo se considera á Delmas como el *indispensable* para el rol de Wotan en la *Walkiria*, del mismo modo que Mounet Sully lo es, por ejemplo, para la interpretación del Edipo.

II.



Delmas, en el rol del Extranjero del drama lírico de Vicente d'Indy



Delmas, en el rol del Viajero del Siegfried de Ricardo Wagner



“A través de un prisma” - Crónicas limeñas

LAS buenas almas católicas, apostólicas y romanas de esta anodina ciudad, hoy de Elguera, han ensoñado, durante la quincena transcurrida, á su sabor, remontándose á la preterición de trescientos años: á aquellos tiempos felices en que florecían santos á orillas del torrentoso Rimac, y santos de tan buenos quilates como Toribio Alfonso de Mogrovejo, segundo arzobispo *limanus*.

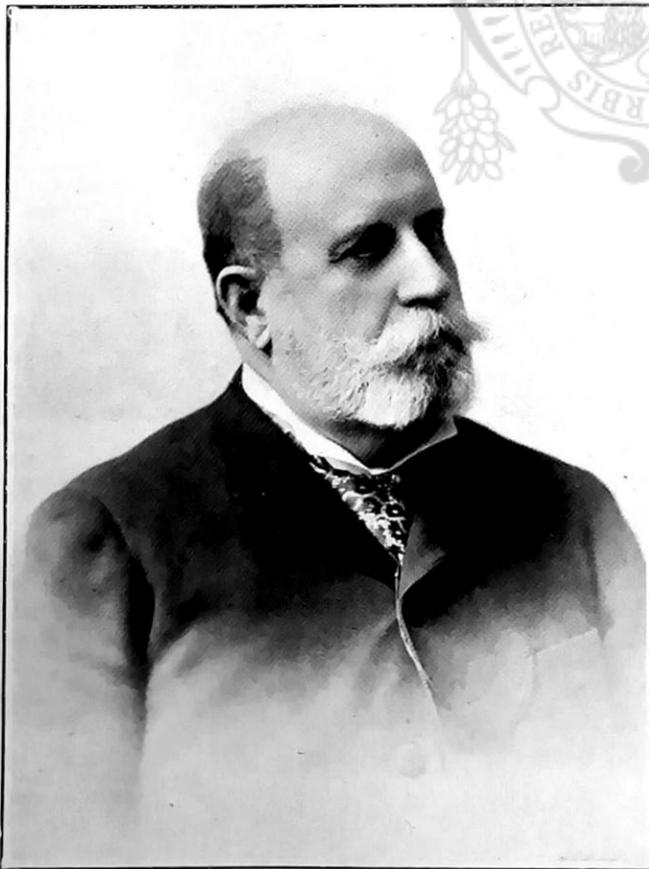
El ilustre prelado que actualmente rige, como sucesor de Toribio, nuestra iglesia, ha hecho bien en conmemorar solemnemente el tercer centenario de la muerte del varón justo y piadoso que mereció en vida el respeto

y cariño de sus feligreses, para ser después elevado á los altares. Las fiestas del centenario no han sido muchas ni muy brillantes, pero han dejado constancia de la ejemplar devoción de cuantos han participado en ellas. Diversos grabados de este número de PRISMA las reproducen gráficamente, y como natural consecuencia van acompañados de una hermosísima vista de la fachada de nuestra iglesia catedral, y de otras de la capilla del santo, de la urna que contiene sus restos, del claustro del seminario que él fundó etc., precedidas de los sucintos apuntes biográficos que consagró á Toribio el académico don José Antonio de Lavalle en su Galería de Arzobispos de Lima, y de las nuncabien alabadas tradiciones de don Ricardo Palma que con el santo se relacionan.

En estos días se ha reunido, en funciones de cristiana caridad, el Congreso Salesiano, de cuya labor se prometen dulces frutos á la obra pía de instrucción y educación de niños pobres, para hacer de ellos buenos ciudadanos, miembros útiles de la sociedad, elementos de trabajo y progreso para la patria.

La vigorosa voluntad, la constante solicitud que á esta obra meritoria dedica hace muchos años nuestro respetable compatriota señor don Carlos M. Elías, merece todo estímulo, todo aplauso.

Tenemos el agrado de acompañar estas líneas con un excelente retrato del señor Elías, quien ejerce hoy también y con acierto la Dirección de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima.



Sr. CARLOS M. ELÍAS

Foto. Moral



Sr. JOSE S. URETA



Sr. A. L. GOTSCHALK, Foto. Moral
Cónsul General de los Estados Unidos en el Perú

Hombre honrado, magistrado probo y laborioso, carácter suave y atractivo, fué Federico León y León, á

quien la muerte ha separado para siempre de su familia y amigos. Ejercía el alto cargo de vocal de la Corte Superior de Justicia de Lima, alcanzado por mérito propio. Compartimos la pena de su hogar.



Señor Dr. O. RAZZETTO

Han merecido, por su inteligencia y laboriosidad reveladas durante los seis años de estudios facultativos, ser enviados á perfeccionar sus conocimientos en Europa, los jóvenes médicos D. O. Razzetto y D. Carlos Villarán. Ambos encarnan lisonjeras esperanzas para la ciencia.

Dedicamos página especial á la nobilísima acción practicada por don José S. Ureta, en el aislado peñón de Palominos. Acciones como la de Ureta son las que tienen derecho á ser registradas por la Historia, para ejemplo, honra y consuelo de la humanidad

El Club Regatas de Chorrillos organizó una *gimkana* acuática que resultó animada y graciosa fiesta y de la que damos muestra gráfica en página especial.

Hubo carreras de natación por jóvenes vestidos de nodrizas, caza de chanchó, carrera de bateas; mucha animación y mucho regocijo.

El comité italiano encargado de la erección de una estatua al sabio naturalista Raymondi, ha convocado á concurso dentro y fuera del Perú, para la realización de la obra. Las condiciones son: que el artista que se encarga de ella debe ser italiano; que la estatua será de bronce, representando á Raymondi en pie, y que su costo no sea mayor de 30.000 liras oro.

El monumento se elevará en el centro de la antiguaplaza de Santa Ana, hoy de Italia, frente al edificio de la antigua Escuela de Medicina.



Dr. FEDERICO LEÓN Y LEÓN Foto. Moral



Señor Dr. CARLOS VILLARAN

Gravemente enfermo se encuentra, en Chorrillos, el eminente abogado y notable orador parlamentario doctor don Luciano Benjamín Cisneros, que cuenta con todas las simpatías de nuestra sociedad.

Naturalmente ha sido muy visitado por sus amigos, discípulos y admiradores, que, como nosotros, hacen votos por su restablecimiento.



Se ha embarcado, de regreso á su patria, el señor A. L. Gotschalk, cónsul general de los Estados Unidos en el Perú. Deja aquí muchas simpatías y el recuerdo de su correcto proceder como funcionario público.



Sr. JOSE LETONA



Fotos. Moral Srta. RENE PAZOS VARELA



Sr. JULIO NORIEGA



Fos. Garraud Srta. ANGELICA PAZOS VARELA

El miércoles 28 se realizó una doble ceremonia nupcial en el oratorio particular de la familia Pazos Varela. Las señoritas René y Angélica de este apellido se unieron en matrimonio con los jóvenes caballeros don José Letona y don Julio Noriega, respectivamente. En ambos enlaces actuó como madrina la respetable señora Isabel Varela viuda de Pazos, madre de las desposadas, y como padrinos los señores Manuel Letona y José María Noriega.

La concurrencia fué, naturalmente, selecta y numerosa, ricos y variados los obsequios hechos á los contrayentes, y efusivos los votos por su venturoso porvenir.



Con motivo de haberse separado de la sociedad establecida para el fomento del

fotograbado en estos talleres, nuestro estimado amigo don Federico Larrañaga, quedando estos de la propiedad exclusiva de don Manuel Moral, reemplazamos desde hoy el sello *L* y *M* combinadas, que teníamos en uso, por el que verán nuestros lectores en algunos de los grabados de este número; sello que será en adelante el de la casa.



Devotas acompañando la procesión de Nuestra Señora de Copacabana

NOTAS DE ASES Y LETRAS

MI señor don Francisco Pizarro: Habráse enterado vuesa merced de los buenos aunque tardíos propósitos que, con respecto á vos, animan hoy á los sucesores de vuestros amigos Nicolás de Rivera, Juan Tello, Alonso de Riquelme, Rodrigo de Mazuelas, Alonso Palomino y Nicolás de Rivera, el mozo, primeros Alcalde y regidores de esta villa, que vos fundásteis en las tierras del cacique de Pachacamac. Se trata, marqués, de elevaros un monumento dentro del recinto de la ciudad de los Reyes, que recuerde al vecindario que hubo un gran capitán, hace trescientos setenta años, que tuvo la ocurrencia de fundar á las orillas del Rimac esta ciudad, guiado por los informes que sobre la bondad del clima de este valle le dieran tres bergantes. Y dispéñeme vuesa merced, don Francisco, que califique de tan agria manera á vuestros amigos, los encargados de buscar asiento á la capital colonial de estos reinos del Pirú que vos descubristéis. Pero os juro por mi santiguada que poco acierto tuvieron los tales en escoger un lugar de clima tan bonachón, porque hete aquí que el clima se nos ha infiltrado tan hondamente en el ánimo que vuestros descendientes todos somos hoy un hato de Juan Lanas incapaces por pereza, por inercia, por flojedad de carácter, de ser buenos y de ser malos. Ya no somos, don Francisco, ni sombra de lo que fueron esos bizarros aventureros que os acompañaron tanto en las nobles como en las villanas acciones. Y barrunto que de vuestros soldados y capitanes sólo uno dejó numerosa progenie en Lima, de la cual descendemos todos los que hoy pululamos en la villa triplemente coronada. ¿Sabéis quién, don Francisco? Gómez Pérez, el bellaco almagrista aquel, que cuando los conjurados capitaneados por Juan de Rada iban á asesinaros, dió un rodeo para no mojarse los pies en un charco. Ese es el legítimo progenitor nuestro. ¡Qué afición la nuestra al rodeo! Toda nuestra historia, desde que pasásteis por mala muerte á mejor vida hasta la hora en que os escribo ésta, no es sino la historia del rodeo ó sea de la irresolución. del *mañana lo haré*, de las transacciones cobardes, de la indecisión en el pensamiento y en la acción. Hasta vuestro hermano Gonzalo aprendió esa mala artimaña para llegar tarde. Otro gallo nos cantara, don Francisco, si vuestro hermano no hubiera *rodeado*, sino que de hecho, y como se lo aconsejaba Carvajal, se hubiera proclamado Emperador de estos reynos con independencia absoluta del Rey de España. Resultado: el desastre de Sacsahuana. Pero ¿qué digo? Vos mismo, marqués, sabíais que existía una conjuración de los almagristas de Lima, para mataros, y en vez de expulsarlos, de apresarlos ó de... vamos, hacer lo que hizo Hernando con don Diego, no quisisteis meter el pie

en el charco: buscábais medios de conciliación, *rodcastéis*. Total: un palmo de acero en la garganta. Creedme, el hombre más nefasto de la conquista fué ese Gómez Pérez que en mala hora vino á estos trigales y perpetuado su espíritu entre mis paisanos. Que fulano se apellida Martínez, Morales, Rodríguez ó Perengáñez..... Mentira marqués, mentira: se apellida Gómez Pérez. Presidentes, ministros, empleados, comerciantes, aristócratas de pergaminos, acaudalados burgueses. pobres obreros, pillos redomados, todos, marqués *rodean*; todos,, marqués, se apellidan Gómez Pérez.

Más de una vez se pensó, don Francisco, en erigiros un monumento, como muestra de gratitud por haber fundado y amado esta ciudad de clima bonachón, del que no me cabe duda fuísteis una de las primeras víctimas. No lo neguéis: este calor húmedo y enervante, este frío ridículo, esta falta de vientos, de tempestades, de chubascos y de sacudidas atmosféricas, apoltronaron vuestro carácter impávido y emprendedor. Pero no pasó todo de una buena intención de unos pocos espíritus cultos. La idea de haceros un monumento encontró siempre una gran resistencia en la patriotería de la generalidad de mis paisanos. Cómo! Glorificar la memoria del Tirano, del asesino de Atahualpa, del verdugo del indio! La verdad don Francisco, es que fué una idea muy desgraciada la vuestra al creer que lo más cuerdo para facilitar la conquista era matar al Emperador de los indios del modo tan villano como lo hicisteis. Estoy seguro de que estáis arrepentido de este error. Y respecto á vuestras ideas sobre el indio mucho tendríamos que hablar y seguramente que me convenceríais con toda facilidad, pues, me siento muy inclinado á daros la razón. Pero en el criterio de mis paisanos han prevalecido siempre los lirismos y se os considera como un infame ogro que se desayunaba y cenaba indios en salsa blanca. Y por esto se ha echado en olvido que fundasteis esta ciudad, que la amásteis tiernamente, que trazásteis su plano con inspiración genial y superior á vuestra época, que la dotásteis de calles anchas y procurásteis embellecerla en los pocos años que os dejaron vivir, ilustre capitán, con vuestra hija. Eso es Lima, vuestra creación, vuestra hija. Poco debe importarnos á los limeños que los azares de vuestra vida aventurera, que las exigencias de la empresa acometida y, sobre todo, que el espíritu de la época, os llevarán á ser cruel y felón en algunas ocasiones. Sólo debemos ver que fuísteis el engendrador de esta villa y que es deber de los vecinos de ella perpetuar de alguna manera plástica la memoria del fundador. Vuestros huesos, don Francisco, se estremecerán de placer dentro de la estrecha urna en que reposan, en la Iglesia Metropolitana con la esperanza de cambiar de morada.

¿Verdad que preferiríais dejar la modesta cripta en que estáis para pasar á otra monumental y gloriosa, ungida por la gratitud de vuestros remotos descendientes?... Todo lo que hay que desear, señor marqués de los Atabillos y Gobernador de estos Reynos del Pirú, es que vuestro espíritu, el antiguo, el que brilló por su genial resolución y su indomable valor en la isla de la Puná, anime á nuestros cabildantes y les lleve á realizar el noble propósito.... Pero nó, marqués, no os hagais ilusiones. Ya vendrán las dilaciones, los aplazamientos, el olvido: los *rodeos*. En este asunto, como en tantos otros de nuestra vida nacional, social, internacional, ciudadana y privada, sólo resultará una cosa: la apoteosis sempiterna del ánima de Gómez Pérez.



Mi ilustre amigo don Miguel de Unamuno publica en el último número de «La Lectura», interesante revista madrileña, una crítica muy sabrosa á un libro chileno titulado *La ciudad de las ciudades* y del cual me ocupé ligeramente en estas notas. No haré comentario alguno al tan formidable cuanto merecido vapuleo que da el insigne maestro al *rastaquoerismo*, *chauvinismo* y *snobismo* superlativos del señor Vicuña Subercaseaux, autor del libro. No quiero que este señor piense que intento escatimar un ápice de la verdad de ese delicioso axioma que sienta dogmáticamente en el prólogo de su admirable libro: *En Chile hay muchísimo talento, más que en las otras naciones de Sud-América*. Acepto sin vacilar esta verdad inconcusa y me ratifico en ello después de la crítica de Unamuno. La extensión de esta no me permite reproducirla íntegramente. Pero no puedo resistir á la tentación de copiar dos párrafos interesantes.

«Hay una correspondencia en este libro, la titulada *Los artistas chilenos en París y en el salón de 1903*, en que el autor nos dice que Chile es en la América del Sur un país único, de raza de artistas de gran temperamento, capaces de vencer en París que es cuanto puede decirse.» Agrega que Chile es «el único país del Nuevo Mundo—ya no es sólo de la América del Sur—que está en vías de tener una escuela propia en las diversas ramas del arte plástico, el único país de la América que produce grandes artistas» y á los grandes pintores norteamericanos, como Mr. Sargeant que los parta un rayo, «Chile es y ha sido el país de los grandes escultores» y en efecto nos da cinco nombres que no hemos oído mentar, y eso que no nos ha faltado alguna afición al arte. «Digan lo que digan los hombres públicos y los militares, Chile, más que por nada, es conocido por ser, en el confin del Nuevo Mundo,

un pueblo que continua la gloriosa tradición del arte español.» Dispénsenos este exaltado patriota chileno; pero por lo que es conocido Chile es por sus instintos belicosos, por la rapacidad con que se echó sobre Perú y Bolivia para ensalitrarse, por haber estado buscando las vueltas á la Argentina, por sus pujos de imperialismo y de ser la Prusia sudamericana con Koerner por Moltke, y por la organización oligárquica contra la que se estrelló Balma-ceda, y sobre la que vela la sombra de Portales. Esta es la pura verdad, y cuando en Europa se habla de Chile, se piensa en un país de soldados y de comerciantes, de cartagineses, más que en un país de escultores y de literatos, de atenienses. Podrá no ser así, pero así es como por lo común nos lo figuramos por acá. Y el mismo señor Vicuña Subercaseaux por debajo del pasmo que le produce París, para él la Atenas moderna, deja trasparentar al funcionario público de Cartago.»

«Alívese, pues, el señor Vicuña Subercaseaux de su afrancesamiento, y por patriotismo, pues tan ardiente patriota es, cuelgue su pluma y busque el servir á Chile de otra manera, y será uno de los mayores servicios que pueda rendir á su noble patria. Y no es que se pueda servir á la patria con la pluma y tratándose de artes y letras, no. Es que hay que saber hacerlo. Precisamente tengo aquí sobre la mesa, la tesis que para obtener el bachillerato en Letras en la Universidad de Lima ha escrito el joven peruano José de la Riva Agüero sobre el *Caracter de la literatura del Perú independiente*, tesis á que dedicaré mi próxima nota, examinándola con el cuidado y atención que merece tan bien meditado y tan sincero estudio. El señor de la Riva Agüero es patriota y creo que ame á su Perú tanto como el señor Vicuña Subercaseaux á su Chile; pero eso no le impide juzgar serena y noblemente á sus compatriotas, y cantarles las verdades. Es realmente un joven que dará días de gloria á su patria, y así como en tales casos deben seguir sirviéndola con la pluma, en casos como el del señor Vicuña la patria debe quitarles la pluma de la mano.»

Sospecho que lo que más debe haber ofendido al señor Vicuña es este parangón entre él, ciudadano del Gran Pueblo, y el señor Riva Agüero, pobrecito escritor de esta modesta tribu. Pero hay opiniones. Hay quien cree que, aun á pesar de salir tan bien parado, el ofendido es el señor Riva Agüero.

CLEMENTE PALMA.



TEATROS

Compañía Thuillier en el Principal

LA compañía Thuillier está próxima á abandonar Lima, después de haberse captado la estimación y el afecto de este público que ha gozado vivamente con la magistral ejecución de las obras que ha puesto en escena.

La impresión general que nos queda es de satisfacción, por haber visto algunas bellas obras interpretadas por una compañía de primer orden. Thuillier y la señora Ferri son indiscutiblemente artistas sobresalientes. Ilustración, ductilidad de espíritu, conocimiento de todos los recursos escénicos figuras simpáticas, declamación siempre adecuada, en fin todas las condiciones apetecibles para brillar en el arte escénico, se reúnen en los dos artistas. Pero no bastaría, para que las obras alcanzaran la interpretación debida, que los dos principales actores fueran tan distinguidos é irreprochables. Hay que añadir que aparte de la escrupulosidad y propiedad de la *mise en scène* contribuyen no poco á los éxitos alcanzados la discreción de los demás artistas algunos de los cuales son verdaderamente notables. La señora Comendador es, en nuestro concepto, una de las damas jóvenes, más estimables. Las señoras Alvarez y Calderón son características que prestigian la compañía. Y los actores Manso, Martínez y Mata han merecido constantemente aplausos por la habilidad y el estudio acabado con que han desempeña-



ANGELA PLANAS

do sus papeles. La quincena que ha terminado empezó en el Principal con el beneficio de la señora Ferri. La distinguida artista eligió para poner en relieve la amplitud de su espíritu dos finas comedias de índole opuesta y correspondientes á dos épocas muy distintas del teatro: *La moza de cántaro*, de Lope de Vega, arregiada por Luceño, y *Los dulces de la boda* de Eusebio Blasco. En ambas obras triunfó la señora Ferri, pero, si hemos de decir la verdad, nos pareció más dentro de su temperamento en la segunda de las obras. *Mancha que limpia* y *Mariana*, obras muy conocidas por nuestro público, fueron representadas por la compañía brillantemente. *Quo vadis*—á pesar de lo suntuoso de la presentación, de la buena interpretación que hizo Thuillier del Petronio y de la *lucha romana* en el circo—no gustó mucho y en la segunda noche fué escasa la concurrencia. En cambio agradó sobremedera *Papá Lebonnard*, de Jean Aicard, traducido por el doctor Federico Elguera. Cierto que la obra es de una belleza conmovedora, que la traducción es buena y que la interpretación fué superior. *El amigo Fritz*, un buen amigo, pero al que creemos no le sientan bien los aires de esta tierra

HIPOLITO.



VICTOR PAST-R



ANTONIO AGUIRRE

F. tos Moral



MODAS

MIENTRAS se regulariza el servicio especial de información sobre *modas*, que debemos ofrecer á las inteligentes lectoras de PRISMA, les ofreceremos, como hoy, grabados de las *supremas* elegancias parisienses, que

ellas sabrán apreciar con el exquisito buen gusto proverbial en las limeñas

Allá van dos *toilettes* irreprochables por el corte, la confección y el adorno.

